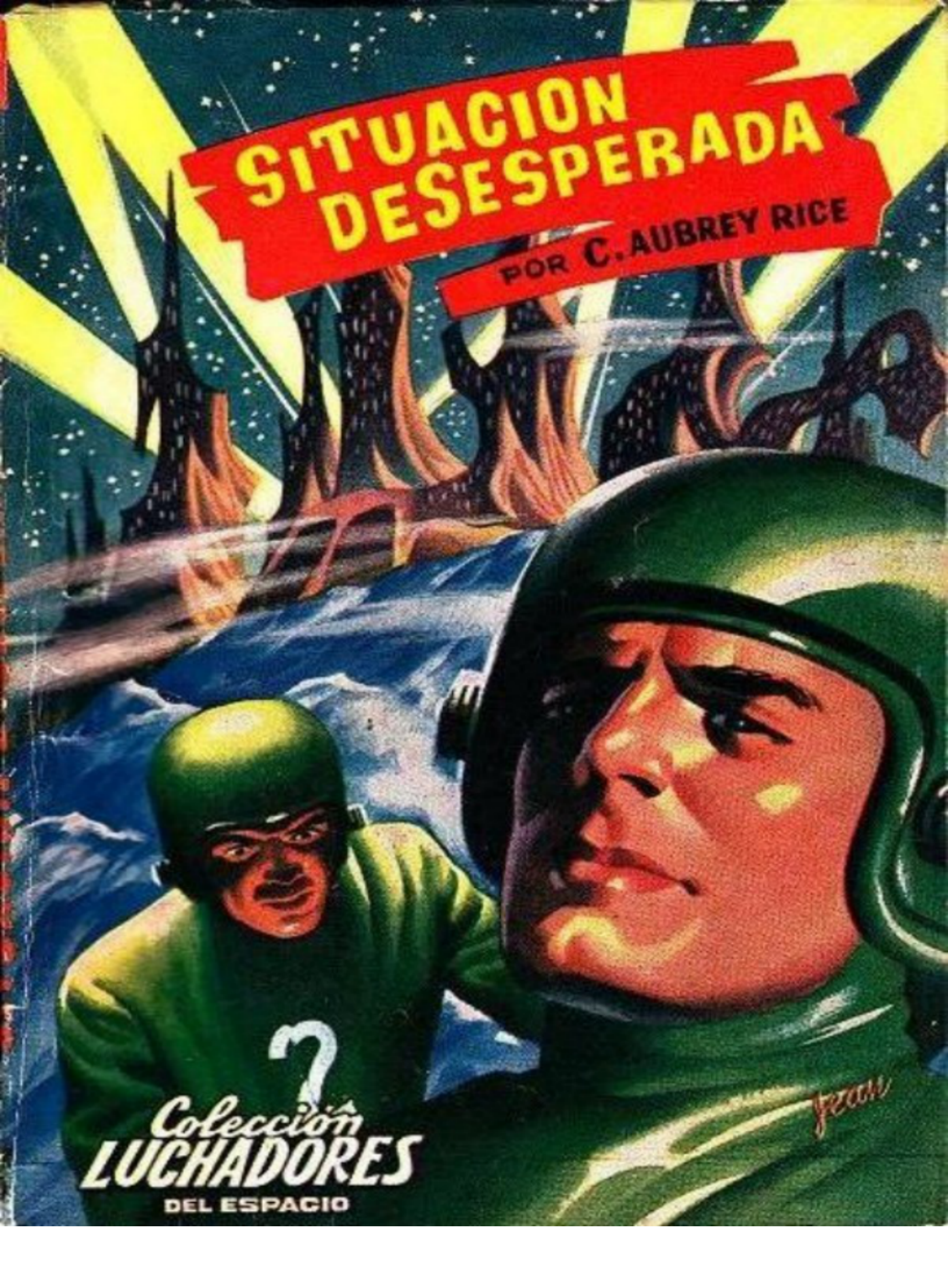

SITUACION DESESPERADA
POR C. AUBREY RICE
Jean
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



DEPOSITO LEGAL V—96 — 1958
PRINTD IN SPAIN
TIP ARTÍSTICA - VALENCIA

SITUACIÓN DESESPERADA

C. Aubrey Rice



CAPÍTULO PRIMERO

Paisaje cósmico

Aterradora sensación, aplastante, de lejanía. Calma imponente, helada, inconcebible. Inconmensurable espacio vacío, hueco, carente de todo. Impalpable bloque de nada. Monótona soledad inorgánica. Monotonía azul oscuro; monotonía casi negra; negra; intensamente negra. Monotonía siempre. Mero efecto óptico -escalonado, profundo, hacia lo lejos, en todas direcciones- la gama de colorido.

En primer término, el azul oscuro; más allá, más hondo, más lejos, el tono casi negro; más allá, el negro; más allá, el intensamente negro.

Sólo al fondo, muy al fondo, en un fondo remotísimo, que se adivina impenetrable, misterioso, millones de millones de puntitos titilan con leve brillo y rompen la monotonía.

Son las estrellas.

Otros soles que, como el nuestro, alumbran quizá otros mundos habitados; otras fuentes de calor mantenedoras de la vida que expanden sus rayos suaves, acariciadores, por las fértiles superficies de otros planetas semejantes a la Tierra.

O mejores.

Porque nuestra indudable pequeñez -a poco que la imaginación vuele- nos hace sospechar la existencia de otros seres, en otros mundos, en otras Tierras, similares a nosotros.

O tal vez superiores; más perfectos que nosotros.

Superhombres, desde nuestro punto de vista.

Entes organizadísimos, sanos, fuertes, inteligentes en grado sumo, que estén situados en cualquiera de los millones de sistemas planetarios que se balancean en el éter con maravilloso ritmo de cronómetros.

De cronómetro, mejor dicho -hablemos en singular; porque si los sistemas pueden ser tan numerosos como se quiera, el firmamento que los contiene es único, sin fin.

Y en ese infinito cielo, cada sol, cada planeta, cada satélite y hasta cada asteroide -prototipo estos últimos de la modestia hecha esfera- sin distinción de tamaño, girando y girando, desempeña cada uno un papel, un cometido, relacionado con los cuerpos celestes que los circundan.

Se complementan; influyen los unos en los otros; viven su vida de astros siguiendo la órbita que los demás, con el tira y afloja de la gravitación Universal, les señalan.

Ninguno se descarría. Son colosos dóciles. Paquidermos exquisitamente domesticados que evolucionan, en silencio, por la monótona inmensidad espacial.

Por la desmedida pista azul del cielo. Inmersos en el vacío. Flotando en el seno de la nada.

De repente, las estrellas, las apartadas estrellas, aunque el sosiego no se ha interrumpido, parecen entornar sus rubias pestañas, llamaradas de sus ojos de fuego.

Hay estupefacción en las amarillas miradas.

¿Qué sucede? Apenas nada. Es lo desusado lo que produce la sorpresa estelar: Ha aparecido un cohete terrestre.

No es más que una simple línea, vertical, cortita, como un trocito de cabello, a duras penas visible, que intenta, sin conseguirlo, rayar el paisaje cósmico.

Grande, gigantesco -en su base de lanzamiento- el cohete, en las alturas, da la impresión de haberse empequeñecido, de haberse comprimido.

Se diría que se ha disuelto en la distancia.

Y eso que es un artefacto de siete tiempos o «pisos». Es decir, que no es, en realidad, un solo cohete, sino siete, unidos, acoplados, dispuestos de modo que pudieran irse disparando unos tras otros, sucesivamente, hasta proporcionarle la aceleración necesaria para sacarlo del campo gravitatorio de la Tierra.

Es alargado, refulgente, de aluminio ultra-ligero con blindaje de oro y magnesio. Y tiene punzante la proa, cónica, como para taladrar con ella la rígida ruta que sigue.

En su interior, como hormigas, menos aún, como moléculas, como átomos, van hombres. Diez hombres. Norteamericanos en su totalidad. Nueve tripulantes y un-jefe.

Este último es el coronel Raymond Yoke, Apuesto. Joven. Cazadora de cuero y pantalón gris. Lo suficientemente guapo para no poder llamarle feo; lo suficientemente feo para no poderle llamar guapo.

No es ni feo ni guapo; ni guapo ni feo. Es, simplemente, un hombre.

Todo un nombre.

Un hombre de pelo en pecho, como los otros nueve -todos jóvenes- que componen la dotación del cohete intersideral.

Se dirigen al satélite «Next» -satélite artificial de los Estados Unidos de América. Un descansillo, un final de etapa, una pasadera que les facilitará la arribada a la Luna.

A la sazón, el coronel Yoke, en el sector de mando, solo, manipula, complacido, en una potente emisora de radio que tiene delante de la butaca donde se halla sentado.

Está transmitiendo a la Tierra una noticia. Una importantísima noticia: Acaba de ordenar el lanzamiento del séptimo cohete propulsor. El último.

Junto al joven, a su derecha, se ve un micrófono -por donde ha dado la orden al sector de energía atómica- y un tablero indicador, provisto éste de multitud de pulsadores -simplificados mandos del cohete- y multitud de bombillitas verdes.

Todas las bombillitas están encendidas. No se puede pedir mayor tranquilidad. En todos los sectores reina la calma. La travesía, larga, muy larga, se está realizando felizmente.

La monotonía del exterior -vista a través del televisor colocado a la izquierda de la butaca- a pesar de la incesante estela de gases que surgen de la popa del cohete, no se quiebra. Es una estela siempre igual. Exacta. Recortada. Como estereotipada. Lejos de romper la sensación de soledad, se diría que contribuye a aumentarla.

Porque semeja una irregular prolongación, material, del cohete mismo.

CAPÍTULO II

Situación desesperada

U

na de las bombillitas, inopinadamente, cambiando de color, se hizo roja.

El coronel Raymond Yoke, impasible, se encaró con el micrófono de órdenes y habló por él. Su voz, clara, nítida, sin sombra de ansiedad siquiera, salió de su boca con pasmosa serenidad:

—Preparados para abandonar el cohete —dijo—. Tiempo tope, cincuenta y cinco segundos. Equipos de emergencia. Uno, dos y tres, recinto A; siete, ocho y nueve, recinto B. Situación desesperada.

No se equivocaba el coronel Yoke, desde luego; ni tampoco exageraba. La situación, como acababa de comunicar a sus hombres, se había hecho desesperada.

Sin la menor probabilidad de salvación.

Porque lo mismo daba morir unos minutos antes que unos minutos después. Unas horas antes que unas horas después.

Aventurarse a salir fuera del cohete equivalía, a lo sumo, a retrasar la llegada de la muerte. No la evitaba en modo alguno.

Y no quedaba más remedio que salir.

Las esperanzas, las posibilidades de conservar la vida, se habían esfumado de un golpe.

De un sencillo golpe.

De un golpe de luz.

Un momento antes, la luz verde -señal de normalidad en el sector de energía atómica- todavía lucía en el cuadro indicador. Y de improviso, cuando nada lo hacía prever, se había trocado en roja.

La interpretación de este súbito mudar de color no podía estar más clara, más escalofriantemente clara: El sector de energía atómica ya no existía.

Se había desintegrado.

Y no era eso lo peor. Lo peor era que, tras él, ineludiblemente, sector a sector, trozo a trozo, átomo a átomo, el resto del cohete, sin que fuerza humana fuera capaz de evitar la catástrofe, se iría transformando en polvo cósmico.

La energía del artefacto se había desequilibrado. Todo él quedaba a merced de la tremenda desintegración iniciada en el citado sector, de donde, como un pavoroso fuego en la

santabárbara de un buque -por compararlo con algo, aunque sea pálido reflejo de la realidad- se iría propagando por la metálica estructura de aluminio, magnesio y oro.

Por eso el coronel Yoke, aun sin que ni en su firme voz ni en su fisonomía se advirtiese la preocupación que le embargaba, dio las órdenes oportunas para que sus hombres -los hombres que le quedaban- procurasen ponerse a salvo.

Por eso había dicho: «Uno, dos y tres, recinto A; siete, ocho y nueve, recinto B». Los seis aludidos -los hombres uno, dos, tres, siete, ocho y nueve- ya sabían lo que tenían que hacer. Bien fácil, por cierto. En el interior del cohete todo funcionaba automáticamente.

Y en cuanto a los tripulantes cuatro, cinco y seis, a los que Yoke no había nombrado...

No. No los había olvidado. Era que los tres se encontraban en el sector de energía atómica cuando sobrevino su fulminante desintegración.

Tampoco se había olvidado de sí mismo. Al contrario. Lo demostraba, precisamente, el hecho de que no se hubiera reservado una plaza en ninguno de los recintos de salvamento, teóricos botes salvavidas del espacio.

El coronel Raymond Yoke tenía decidido, de antemano, quedarse en el cohete. Anularse con él.

Ofrecer a sus subordinados el aire que habría de respirar en el recinto que ocupase.

Les ofrecía aire. Nada más y nada menos que un poco de aire. ¡Un poco de vida!

Merecía la pena no acompañar a sus hombres. Dejarles que emprendiesen, solos, la lenta travesía, incierta -¡inútil!- en los recintos de salvamento.

Que mantuvieran la esperanza mientras pudieran. Los recintos de salvamento, en la práctica, no servirían para maldita la cosa. Los pequeños globos de plástico, con todos sus refuerzos, con todas sus lentes de Fremel, con su batería solar, con su acumulador, no eran más que artilugios -inspirados en el primer satélite artificial de la Tierra- ideados para crear a bordo del cohete un ambiente de seguridad.

Si en alta mar un bote salvavidas resulta media cáscara de nuez, frágil, indefenso, danzando en las encrespadas crestas de las olas, ya se comprenderá que los pequeños recintos, en el firmamento, incomparablemente mayor que todos los mares, habidos y por haber, juntos, se convertían en menos aún que las

barquichuelas de los océanos terrestres.

No servían para nada. Eran demasiado reducidos, demasiado inseguros, demasiado lentos. Paralíticas tortugas empeñadas en recorrer trayectos desmesurados; globos libres azotados por todas las corrientes de rayos cósmicos.

Y, sin embargo, como vamos diciendo, el cohete los llevaba a bordo. No por su valor real, sino, repetimos, por el clima de seguridad que originaban.

Efecto psicológico entre los tripulantes. Como hipnótico. Un efluvio que imprimía confianza en el futuro. Una inyección de ánimo. Certeza de que, cuando todo estuviese perdido, todavía restaba un recurso más.

¡Un recurso más! ¡El último! ¡El clavo ardiendo donde, a pesar de los pesares, podrían agarrarse!

Los recintos de salvamento eran algo así como la cantimplora de un explorador que –en pleno Sahara, sofocado, extenuado, sediento- golpea el costado de su dueño y le infunde esperanza. La esperanza de que, en el instante que lo desee, puede acercarse a los resecos labios la cantimplora y mitigar la sed... sin imaginar que la cantimplora está vacía.

En el cohete pasaba algo por el estilo. Con la diferencia de que el coronel Raymond Yoke no ignoraba que los recintos eran un «bluff».

No se podía llegar con ellos a ninguna parte. Ni al satélite «Next», ni a la Tierra.

Eran muy lentos... La Tierra estaba muy lejos; demasiado lejos. El satélite, también.

Las reservas de aire se agotarían mucho antes de alcanzar cualquiera de las dos posibles metas.

La suerte estaba echada.

No había solución.

Puesto a morir, el coronel prefería no abandonar su puesto en el sector de mando. Le parecía que lo otro era desertar. Creía preferible mantenerse a bordo y correr la suerte de su cohete.

Como un legendario capitán de barco, ni más ni menos. Sin moverse del puente de mando.

Patentizando ser digno del cargo que le habían conferido; ser digno de la confianza que la Tierra había depositado en él, al ponerle al frente de la expedición, alucinante expedición, extraterrestre.

Perecer, sin moverse de la butaca. Con los ojos clavados en la pantalla del televisor de proa. Como oteando el vacío. Como

desafiándolo. Como intentando llegar, aunque sólo fuera con la vista, al satélite artificial.

Mirando al frente del cohete. Erguido. Arrogante. Sin dejarse abatir por la calamidad que se le había venido encima.

«Cincuenta y cinco segundos», reflexionó. «Cincuenta y cinco segundos... Un soplo... ¡Un soplo...!»

No pudo seguir pensando.

La puerta del sector de mando, abriéndose bruscamente, dejó pasar a un hombre extraordinario.

Un hombre verde.

Un hombre cubierto de pies a cabeza con un traje verde, como de hule, de una sola pieza, muy ajustado, con un número uno en el pecho y otro en la espalda.

Números grandes, blancos, que destacaban fuertemente del resto de la indumentaria.

El individuo, que empuñaba en la diestra un arma extraña, con cierto aire de pistola ametralladora, no pronunció ni una palabra.

Ni se anduvo con chiquitas.

Se acercó, vertiginosamente, al coronel Yoke, que casi no había tenido tiempo de reparar en su espectacular entrada, y le asestó un rotundo culatazo en la cabeza con el arma que empuñaba.

El coronel, como herido por un rayo, pareció hundirse en la butaca.

Al parecer, la muerte había adelantado su llegada.

CAPÍTULO III

A la deriva

El hombre vestido de verde no prestó atención al exánime coronel Raymond Yoke. Tenía mucha prisa. Una prisa tremenda. Inusitada. Puede que nadie haya tenido jamás tanta prisa.

El tiempo, implacable, no cesaba de pasar. De los cincuenta y cinco segundos -lo más que cualquier ser humano podía permanecer en el cohete sin desintegrarse con él- ya habían transcurrido más de las tres cuartas partes.

Sin soltar su arma, el hombre, como una rara rana, saltó a los brazos de la butaca ocupada por el coronel, donde, a horcajadas, vuelto hacia la emisora de radio, se quedó una milésima de segundo.

Lo suficiente para pulsar uno de los botoncitos que había en el cuadro indicador, entre las bombillitas verdes, lejos de la roja.

El efecto de tal acción fue inmediato. Relampagueante.

La emisora de radio, como por encanto, desapareció por un orificio que se abrió en el suelo del sector de mando. Y simultáneamente, con velocidad de tren expreso, la butaca, con el coronel Yoke y su agresor, salió disparada por entre el televisor y el cuadro de las bombillitas, y se metió por el tabique que antes tuviera delante la emisora.

El tabique, como es de suponer, ya no estaba en su sitio. De otra forma se habrían estrellado contra él. Era un tabique móvil. Tipo guillotina. Subía y bajaba. Al apretar el hombre con su verde índice el pulsador, a la vez que se hundía la emisora y se ponía en marcha la butaca, el tabique subía para dejarla pasar.

Todo automáticamente. Con facilidad casi milagrosa. Todo lo milagrosas que pueden ser las conquistas de la técnica. Milagros falsos, que precisan muelles.

En el fondo, simplezas.

Simplezas, comparados con los milagros de verdad.

La celeridad del desplazamiento de la butaca hecha vehículo, impidió ver la parte de cohete que los singulares viajeros atravesaron. De lo que no cabía duda era de que la butaca rodaba por unos carriles que había en el piso.

El viaje resultó corto. Duró fracciones de segundo. El trecho a recorrer era escaso; la velocidad, mucha; el tiempo invertido, insignificante.

El final fue tan brusco como el comienzo. Instantáneo.

El hombre vestido de verde, pese a estar esperando el seco frenazo de la butaca, no pudo resistir la fuerza de la inercia. Fue proyectado hacia adelante.

Y también el coronel Raymond Yoke.

Los dos, pesadamente, tras chocar con una gruesa columna que se alzaba delante de ellos, cayeron al suelo. Les separaba de la vacía butaca unos cuatro o cinco pasos.

Estaban en uno de los recintos de salvamento. En el A. En su interior había dos hombres -vestidos de verde como el otro- en cuyos pechos y espaldas ostentaban, respectivamente, los números dos y tres.

Números grandes, blancos, que les daba cierto aspecto de jugadores de rugby, por culpa, además, de los equipos de emergencia con que se cubrían hasta las orejas.

Ninguno hizo mención de acudir en socorro de sus compañeros de aventuras. El número tres, apresuradamente, cerró la transparente puerta cóncava del recinto. El dos engarfó los dedos en una palanca que tenía al alcance de la mano. De momento, ninguno dijo nada.

—Ocho... siete... seis... —principió a contar los segundos que faltaban el número dos—. Cinco... cuatro...

—¡Listos, Farrar! —gritó el número tres, dando a la puerta el último toque para asegurarla.

El llamado Farrar movió la palanca.

El recinto de salvamento pareció encabritarse. Impulsado por la energía del reactor nuclear de que iba provisto, con velocidad de bala de cañón, se puso en movimiento.

Tenían que alejarse, más que a paso, del cohete irremisiblemente condenado a desintegrarse. Y para conseguirlo, para vencer la atracción que sobre ellos ejercía el enorme fuselaje de aluminio, oro y magnesio no había más remedio que dar toda la potencia a la energía del reactor.

Abriéndose una compuerta metálica, salieron al vacío. El interior del recinto quedó inundado de azul oscuro.

De monotonía azul oscuro. Un océano de azul, en el que, como si el colorido fuera material, palpable, y les tiñera, se fueron introduciendo más y más.

Ya se habían agarrado al clavo ardiendo de la última esperanza de salvación. Las órdenes de su jefe habían sido cumplimentadas. Habían abandonado el maltrecho cohete, desintegrado ya en parte, antes de que se agotara el tiempo tope.

¡Tres segundos antes...! El recinto B, con los números siete, ocho y nueve a bordo, hacía mucho que se había alejado. Ya se encontraría fuera del campo gravitatorio del cohete.

También ellos, los tripulantes números uno, dos y tres, podían haber realizado otro tanto. En cincuenta y cinco segundos... De no haber sido...

De no haber sido porque no habían estado de acuerdo con el voluntario sacrificio del coronel Yoke; de no haber sido porque, con tal de apartarle del más inmediato peligro, el de la desintegración que iba a tener lugar, no habían vacilado en gastar unos preciosos segundos en ir por él.

Y llevárselo a la fuerza. Sin enzarzarse en una discusión, desde todos los puntos de vista, intolerable. Porque él era el jefe de la expedición, primero; y porque no había tiempo para razonar, después. Porque ni se «debían» discutir sus mandatos, ni quedaba margen para hacerlo.

Al no oírle por los altavoces del cohete reservarse un sitio en ninguno de los dos recintos de salvamento, sospecharon lo que pensaba hacer.

No estuvieron conformes. Convinieron en que el espacio no es el mar; en que no había motivo para que se desaprovechara la última oportunidad que quedaba.

Tampoco pudieron tolerar la idea de que se sacrificase por ellos. Compartirían el aire respirable. Se lo repartirían. Llegarían hasta... hasta donde fuese posible

Luego...

Luego, la muerte. La muerte por asfixia. Y un macabro rondar por las órbitas de la Tierra o de la Luna, ya que no del satélite «Next», hasta, que, bien estrellados en la superficie lunar o en el satélite artificial, bien incinerados, al ponerse el recinto en contacto con la atmósfera terrestre, sus cuerpos sin vida cesaran de evolucionar por el firmamento.

Para bien o para mal, el caso era que habían tomado la humanitaria determinación de llevar con ellos al inanimado coronel Raymond Yoke.

¡Sólo faltaba que estuviera muerto! ¡Entonces sí que...!

Una vivísima luz brilló en el éter. Deslumbrante, rojiza, fugaz. La monotonía azul, un instante, se deshizo.

El cohete acababa de desintegrarse por completo.

El recinto de salvamento, como si se hubiera soltado de alguna goma que lo estuviera sujetando, vibró descompasadamente.

No se había soltado de ninguna goma. No haría falta decirlo. De

ninguna goma material, se entiende. De lo que sí se había «soltado» era de la fuerza de atracción del desaparecido cohete. Al desintegrarse éste, el recinto se había como liberado.

Había dejado de ser un satélite artificial.

Y al cesar la influencia del artefacto que «tiraba» de él, el recinto de salvamento se encontró más solo que nunca, rodeado de anonadador vacío y desenvolviéndose por sus propios medios[1].

Escasos medios. Precarios, insuficientes. La energía del reactor nuclear, a causa de la velocidad que había tenido que desarrollar, se había gastado.

No se lamentaron. Sabían que tenía que ser así. Y que, de haber sido posible conservar aquella energía, fenomenal, pavorosa, hubiesen logrado superar la distancia que les separaba de la Tierra o del satélite «Next». O de la Luna misma, sin escalas intermedias.

Se habían estado desplazando a la friolera de 60.000 kilómetros por segundo. Tal era, al menos, la aceleración cuando Farrar terminó de mover la palanca que los lanzó fuera del cohete.

Aislados en los esféricos recintos, claro está, cuya superficie externa, fortísima, giraba a todo girar.

No. Sus ocupantes no giraban. Los recintos, como ya hemos apuntado, eran salvavidas. No anulavidas. Estaban genialmente ideados. Su ineficacia estribaba, exclusivamente, en su poca capacidad y en su reducido radio de acción.

Estaban fundamentados en los giroscopios. Su redonda estructura, de plástico reforzado, la formaban tres paredes independientes. Dos, las exteriores, giraban locamente, unidas, arriba y abajo, por la parte de fuera, a un largo tubo que había en el interior de la columna donde chocaron el tripulante número uno y el coronel Yoke al ser despedidos de la butaca. La pared restante, la tercera, fija, amén de contribuir al aislamiento total del recinto, recubría el tubo citado, el cual giraba, con las dos paredes primeras, sin que se notara desde dentro.

En conjunto, los recintos de salvamento eran astronaves a escala reducida. Astronavecitas. Astronavecitas «teóricas», lo repetimos. No prácticas. El firmamento les quedaba muy grande. Muchísimo más que el mar a los botes de remo. Era una lástima que el reactor nuclear tuviese tan poca duración. Si no, antes de que se consumiera el aire respirable, los «náufragos» «arribarían» a alguna «costa».

En lo sucesivo -por continuar usando términos marineros, que son, a nuestro juicio, los más apropiados, so pena de inventar un léxico nuevo- iban a tener que «navegar» a «vela».

La «vela» era el tubo que, por el interior de la columna, atravesaba el recinto. Tenía dos finalidades: Una, servir de eje a la esfera -con objeto de hacer que el suelo de la misma no se apartara demasiado de la posición horizontal; otra, sujetar un sistema de lentes de Fremel, a cuyo través pasarían los rayos solares, caerían sobre la batería y cargarían el acumulador.

Ésa sería la energía propulsora de que dispondrían en el futuro.

Insuficiente.

Tendrían que ir a la deriva, como quien dice.

CAPÍTULO IV

Amnesia y pelos de punta

E

sfumado el cohete, sin puntos de referencia cercanos, los tripulantes del recinto A sufrieron la ilusión de haberse detenido en el espacio.

El tiempo, que había estado corriendo a escape, pareció detenerse también. Perdió importancia. Se estancó en la uniformidad azul-negra. Dejó de ser magnitud apreciable. Se trocó en nada.

Antes, hasta los segundos habían marcado la imperiosa necesidad de obrar; ahora, no ya los segundos, ni los minutos, ni las horas, ni los días tenían valor.

Se habían hecho no-importantes. Como las demás medidas -de longitud, de volumen o de capacidad- se habían disuelto en el cielo.

En el futuro, sólo contarían las pulsaciones.

Los latidos del corazón de los hombres. Mientras fueran perceptibles, sería que no habían cesado de vivir. Cuando no lo fueran...

Hasta las pulsaciones habrían dejado de ser unidades de medida.

El coronel Raymond Yoke no daba señales de vida. El hombre que llevaba el número uno en su equipo de emergencia, tampoco. Ambos, amontonados, mezclados con las escasas cajas de vituallas que transportaban, habían rodado por el suelo circular del recinto.

—Procuremos reanimarlos, Wharfinger —le dijo Farrar, el número dos, a su compañero.

—Sí —se mostró de acuerdo el número tres—. Quizá respiren con demasiada frecuencia.

Wharfinger y Farrar, con su aspecto de verdes batracios o de extraños jugadores de rugby, se arrodillaron junto a los caídos.

Durante unos momentos, silenciosos, se despreocuparon de todo lo que no fuera atenderles.

—El coronel vive —manifestó, por último, Farrar.

—También Harrys —comunicó Wharfinger—. La columna no les ha tratado demasiado mal.

—Porque está acolchada, que si no...

Harrys, el número uno, comenzó a reaccionar. Con evidente trabajo, pestañeó.

—¡Harrys, Harrys! —le interpeló Wharfinger, agitándolo con reiteración—. ¡Harrys...!

El aludido prosiguió pestañeando. Daba la impresión de estar muy mareado.

El coronel, por su parte, al ser sentado por Farrar en el suelo del recinto, apoyando la espalda en la cóncava pared, desmadejado, exhaló un suspiro.

Un suspiro ruidoso; largo, largo...

Un suspiro que estremeció a sus subordinados. No porque temieran por su vida ya, sino porque había gastado una cantidad de aire superior a la normal.

Una cantidad que, lo menos, podía haber servido para tres o cuatro inspiraciones corrientes.

Harrys abrió los ojos. Perplejo, miró en torno a él.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin ocultar la extrañeza que le producía lo que estaba viendo.

—El recinto A —le respondió Wharfinger.

—¿Qué me ha pasado?

—La prisa —volvió a responderle Wharfinger, haciendo un gesto como para significar lo natural de su estado—: ¿No recuerda?

Harrys denegó con la cabeza.

—No; no recuerdo. ¿Qué me ha pasado?

—Situación desesperada —le recordó, lacónico, el número tres.

—¿Situación desesperada...? ¡¿Situación desesperada...?!

Wharfinger, suponiendo que Harrys ya recordaba, trató de volverse hacia Farrar y el coronel. Harrys le agarró por un hombro. Fuertemente, con inusitada rudeza.

—¡Espere! —gritó—. ¿Qué quiere decir eso de «situación desesperada»?

Wharfinger se quedó de una pieza. ¡Harrys había perdido la memoria!

—¿No sabe lo...? —empezó a decir.

—No, señor, no lo sé. Ni tampoco qué hago aquí, con usted y con esos otros dos. Yo estaba en... en... Yo estaba en... Esto...

Se detuvo. No tenía ni idea de dónde había estado. Wharfinger procuró ayudarle.

—Usted estaba en el sector de radar.

—¿En el sector de radar? ¡Radar...! ¡Radar...! El caso es que eso de radar...

El coronel Raymond Yoke, con las manos en la cabeza, sobre el lugar donde Harrys le golpeara con aquella arma que se asemejaba a una pistola ametralladora -que ahora estaba en el suelo- le interrumpió:

—Me ha dado un golpe muy fuerte —le reconvino—. Puede dar

gracias a que ningún tribunal terrestre ha de juzgarle por el delito que ha cometido.

—Si a eso le llama delito —saltó Farrar—, también nosotros somos culpables, coronel.

—Así es —asintió Wharfinger—. Lo planeamos entre los tres. No podíamos dejarle que se desintegrara como si tal cosa. Harrys no es más culpable que nosotros.

Harrys, como empujado por un resorte, se puso en pie. Tenía los ojos muy abiertos. Casi desorbitados. No comprendía ni una de las palabras que estaba oyendo.

—Yo no he cometido ningún delito —susurró, sordamente—. Ningún delito. Estoy seguro. Yo estaba...

Se pasó la mano por la frente.

Sudaba. Le costaba trabajo pensar. Tenía en el cerebro como una niebla, como un vaho...

—Yo estaba... ¿Radar...? ¿Ha dicho usted «sector de radar», verdad, señor?

Wharfinger no le dio contestación. Desolado, cambió una mirada con Farrar y con el coronel Yoke, quien, tocándose todavía la cabeza, se había levantado.

—No sé a qué se debe el que ahora esté aquí —siguió susurrando Harrys, empeñado en acordarse dónde había estado antes—. Yo estaba...

Se veía que lo tenía en el pico de la lengua; que estaba a punto de evocar el sector de radar, lugar donde se hallaba cuando el coronel diera la orden de abandonar el cohete.

Y puede que lo hubiera recordado, de no haber sido porque, mientras hablaba, se había fijado en la transparente pared del recinto de salvamento.

El extensísimo panorama, azulado, negruzco, se le introdujo hasta el fondo de las retinas.

Como una flecha, se fue hacia la pared.

—¡¿Qué es esto?! —voceó—. ¡¿Dónde estoy?!

Luego, sin dar tiempo a que le respondieran, se volvió y, como pinchado por una sospecha, corrió hacia adelante, contorneando la columna, hasta situarse frente al sitio donde había estado.

Lanzó una exclamación. Ahogada. Como un quejido.

Y apoyó los brazos en el plástico de la curvada superficie, dirigió la vista hacia abajo y se dejó caer al suelo. De rodillas. Febril. Ansioso. Intentando distinguir lo que había debajo del recinto. Sin poder dar crédito a lo que veía. Mejor dicho, a lo que no veía; porque, en rigor, no veía nada.

Es decir, lo que veía era eso: Nada.

La monotonía azul-negro, que lo llenaba todo.

La exorbitante -incalculable, inconmensurable- región donde el espacio se hace infinito.

La región, inconcebible, donde las líneas paralelas se juntan.

—¿Dónde estoy? —repitió, a gritos, de nuevo—. ¡¿Dónde estoy?!

Temblaba ostensiblemente.

El coronel Raymond Yoke, Farrar y Wharfinger, en el acto, se le acercaron.

Y le rodearon.

Esperaban un ataque de nervios.

El coronel, con suavidad, le puso una mano en el hombro. Harrys dio un respingo. Wharfinger y Farrar se prepararon para intervenir.

No hizo falta. El coronel, con voz tranquila, le dijo:

—Cálmese. Ya recuperará la memoria. No adelanta nada gritando.

—Y no respire tan hondo —le recomendó Farrar—. No debemos despilfarrar el aire, ¿comprende?

Harrys no comprendía. Enderezándose, se dio media vuelta. Estaba muy pálido. Blanco. Como el número que tenía en el pecho.

Sin levantar la voz, trémulo, tornó a formular la pregunta que constituía su principal preocupación:

—¿Dónde estoy?

—En el recinto de salvamento A —le explicó Farrar—. Usted venía delante del desplazador automático individual. A horcajadas, con las piernas abiertas, en los brazos de la butaca del coronel. El golpe que se ha dado con la columna ha sido, por tanto, mayor que lo previsto. Ya sabe que el límite de velocidad está calculado para un salto de cinco pasos. Justo desde el asiento. Como usted venía delante... ¿Comprende?

Sin comprender, Harrys, confuso, parpadeó. Y enfocó la cuestión desde otro punto de vista, por ver si aclaraba sus ideas.

—¿Quién es el coronel?

El coronel Yoke se apuntó a sí mismo.

—¿Tampoco se acuerda del culatazo? —sonrió—. Yo soy quien debía haber perdido la memoria.

Harrys se encogió de hombros.

—Si usted lo dice... —rezongó—. ¿Cómo ha dicho usted que se llama, señor?

El coronel Raymond Yoke, desconcertado, carraspeó.

—Por favor, Harrys —dijo Wharfinger—. Haga un esfuerzo... No complique más la situación. Recuerde...

No era posible. Nada era posible.

Ni Harrys, por más que se esforzaba, lograba recordar lo que había ocurrido antes de darse el golpazo contra la columna del recinto, ni, a pesar de ello, era posible que la situación se complicara más que lo que ya estaba.

No apurada, difícil o delicada. Desesperada. Absolutamente desesperada.

Sin posibilidad de salvación.

Tan desesperada como cuando, en el cohete, brilló el destello rojo en el cuadro indicador.

En aquel instante, les separaron de la muerte cincuenta y cinco segundos; ahora, un tiempo indefinido.

Un tiempo imposible de determinar. Menor, quizá, que los cincuenta y cinco segundos de antes. Un tiempo que, en realidad, no era nada.

Estaban en el lugar donde el tiempo no cuenta. Donde el tiempo no pasa. Se detiene. Se anula.

Los cataclismos cósmicos se calculan en millones de siglos. Tantos, que es como no decir nada. No se puede puntualizar. La distancia a los astros se mide por años de luz...

¡Por años de luz, que se dice pronto! Una partícula luminosa, que se mueve a razón de 800.000 kilómetros por segundo -que recorre en un segundo 300.000 kilómetros- gastando años y más años antes de que, desde el astro de procedencia, llegue a nosotros.

En el infinito, ¿qué importancia pueden tener unas horas? En la inmensidad del espacio -que ni siquiera se puede medir que no se puede comparar con nada- no existe la diminuta medida capaz de determinarlas.

Los ocupantes del mal llamado recinto de salvamento iban a tardar unas horas en perecer. La muerte, implacable, les iba a llegar a pequeñas dosis. A gotas. A centímetros cúbicos. A milímetros cúbicos.

Y como unidad de medida -la única válida para calcular lo que tardaría en extinguirse el aire- los latidos del pulso.

¿Los relojes? ¡Bah, los relojes...! ¿Qué era lo que, realmente, señalaban los relojes?

Nada.

¿Segundos, minutos, horas, días...? Nada.

¿No es acaso un día lo que tarda la Tierra a dar una vuelta

completa sobre su eje?

¡La Tierra! ¿Dónde estaba la Tierra? ¡Por no tener luz propia, ni siquiera era una más de las estrellas que temblaban a los lejos! ¡Para el caso, como si hubiera dejado de ser!

Además que también los relojes acabarían por pararse. En cuanto se les terminase la cuerda.

Los firmes rasgos de la cara del coronel Raymond Yoke se endurecieron. Sus ojos, glaucos, relampaguearon.

Prescindiendo de divagaciones de relatividad, le horrorizaba la espeluznante muerte por asfixia que les aguardaba. Muerte lenta. De martirio chino.

En el trance de perder la vida sin remisión, hubiese preferido una muerte rápida. Instantánea. Por desintegración fulminante.

Sin poderlo evitar, al ver que Harrys había olvidado, también, su propio nombre, cerró los puños.

¡¡Y LOS CABELLOS SE LE ERIZARON!! ¡¡LOS PELOS SE LE PUSIERON VERTICALES, DE PUNTA, PERPENDICULARES A LA CABEZA!!

CAPÍTULO V

¿Por qué?

H

arrys, a quien estaban volviendo tarumba las preguntas que le hacían Farrar y Wharfinger, fue el primero en fijarse en la cabeza del coronel.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a éste, de sopetón.

—¿A mí? —repuso el coronel Yoke, extrañado, disimulando la emoción que le embargaba. Y añadió, por si había dejado traslucir demasiado la angustia interior—: No me pasa nada.

—¡Pues parece un erizo! —exclamó Harrys, gráficamente, apuntándole con el dedo.

Wharfinger y Farrar siguieron la dirección del dedo de su compañero de desventuras.

La cabeza del coronel parecía, en efecto, un erizo. El pelo estaba rígido. Tieso. Como convertido en finas púas.

El coronel Raymond Yoke, perplejo, al darse cuenta de adónde miraban sus boquiabiertos subordinados, se pasó la mano derecha por el cráneo.

El pelo, ante la admiración de los que lo estaban observando, tras abatirse al pasar la mano, no bien ésta desapareció por el cogote, volvió a enderezarse.

Y la cabeza volvió a quedar con la anterior apariencia de extraño erizo.

Farrar y Wharfinger, respectivamente, sin conseguirlo, trataron de tocarse el pelo también. Como es de suponer, puesto que llevaban por la cabeza, a partir de la frente, una especie de casquete que, por abajo, les tapaba garganta y nuca, no lo pudieron hacer.

Sus manos resbalaron por la lisa materia verde. Sólo se pararon al encontrarse con uno de los dos auriculares -cilindritos duros- que iban en el casquete.

Notaban -igual que Harrys que también vestía equipo de emergencia- gran tirantez en el cuero cabelludo. Como si sus pelos pugnasen por escapar del casquete, que los contenía.

Como si un efluvio invisible tirara de ellos hacia arriba.

Solamente al coronel, que ni se cubría con equipo de emergencia ni, por consiguiente, con casquete, se le veía cómo tenía la cabeza.

El espectáculo, en verdad, era extraordinario. De no haberlo

estado viendo, hubiesen creído que no era real; que era el efecto de una ilusión.

—¡Un espejo! —pidió el coronel Yoke.

Farrar se agachó ante una de las cajas que había diseminadas por el recinto. Manipuló en ella, con rápidos movimientos, y la abrió. En su interior, perfectamente ordenados, se hallaba guardada gran cantidad de objetos.

Muy numerosos, como acabamos de decir, y muy variados. Heterogéneos. Dispares. Imposibles de enumerar uno por uno. Desde botones, hasta paquetes de tabaco; desde pastillas de jabón, hasta libros; instrumentos de cálculo, prismáticos, linternas eléctricas, alimentos comprimidos, etcétera, etcétera.

Una inteligente selección, en fin, preparada en la Tierra, antes de la partida, con lo más necesario para subsistir mientras esperaban que el recinto de salvamento les condujese a alguna parte.

De entre todas las cosas que había en la caja, Farrar, sin vacilar, eligió un estuchito gris, alargado, que contenía unos cuantos espejos de cristal.

Con cuidado, sacó uno.

—Tenga —le dijo al coronel, entregándoselo.

El coronel Raymond Yoke, apenas tuvo el espejo entre sus manos, se apresuró a mirarse.

Asombradísimo, pasmado, abrió la boca. Lo que se llama abrir la boca un palmo.

Suponía que, al pensar lo que anteriormente había estado pensando, se le había podido erizar el cabello. Levemente; ligeramente; un poquitín...

El caso no era para menos.

Y hasta había llegado a tener la sospecha de que Harrys, Farrar y Wharfinger hablaban en sentido figurado; que exageraban; que no sería tanto como afirmaban.

Lo que no había podido imaginar ni un instante, era que pareciera tan erizo como parecía.

Estaba hecho una facha. Tenía el pelo erecto. Como infinidad de líneas rectas que le salieran del cráneo.

Sin saber qué partido tomar, sin atreverse ni a respirar, permaneció inmóvil.

Reflexionaba.

Tenía que existir una explicación. Aquel desusado acontecimiento, involuntario, no podía haber sobrevenido porque sí; por las buenas; sin más ni más.

Tenía que obedecer a una causa; a un motivo...

No se podía atribuir, desde luego, a ninguna fuerza humana. Aquello estaba por encima de lo fisiológico.

Ni siquiera con ayuda de peine y de fijador, y de infinita paciencia, lograría jamás, ni el mejor de los peluqueros de la Tierra, un resultado similar.

—¡Harrys! —mandó el coronel, por último—. ¡Disponga enseguida mi equipo de emergencia!

Wharfinger, viendo que Harrys no se daba por aludido, se dirigió a otra de las cajas del suelo, semejante a la que abriera Farrar, y la abrió también.

Ésta, asimismo, estaba abarrotada de cosas. En primer término, tapando casi todo lo demás, había plegado un equipo de emergencia, el cual, a juzgar por las arrugas, se advertía había sido metido allí deprisa y corriendo.

El coronel Yoke, mientras Wharfinger sacaba el equipo -equipo igual a los de los otros tripulantes del recinto aunque sin ningún número en su verde textura- entregando el espejo a Farrar, que lo volvió a guardar en su estuche se despojó de la cazadora que todavía llevaba puesta.

El joven coronel intuía el peligro. Lo presentía. Aun ignorando qué, estaba seguro de que iba a suceder algo.

Algo muy grave; algo muy malo.

Algo que hacía a la fuerza poner los pelos de punta.

CAPÍTULO VI

La solución del enigma

H

arrys, al ver cómo el coronel Raymond Yoke se ponía el verde equipo de emergencia, pareció fijarse, por primera vez, en que él iba vestido con uno semejante.

—¿Por qué llevo yo este traje?—preguntó, meditabundo, observándose de arriba a abajo.

El coronel, Farrar y Wharfinger se miraron mutuamente. La pregunta había sido hecha de buena fe. Ingenuamente.

Había habido verdadera perplejidad en el acento, reflejando la enorme extrañeza de un hombre que, hasta sin recordar cómo vestía antes, echaba de menos su indumentaria habitual.

En tanto que el coronel Yoke se ajustaba el casquete en la cabeza, introduciendo, con los dedos, los mechones de cabellos que persistían en quedarse en punta, Farrar respondió a Harrys:

—Usted, como nosotros, lleva este traje para aislarse de las variaciones de velocidad y de presión que continuamente estamos soportando. Son, como si dijéramos, una segunda piel. Gracias a ellos, nuestros poros se mantienen abiertos y logramos verificar, con normalidad, la transpiración.

—¡Ah, ah...! —habló, distraídamente, Harrys, demostrando no haberse enterado de nada de lo que le estaban diciendo—. Los poros...

—De no haber sido por ellos —prosiguió Farrar aludiendo a los equipos de emergencia—, cuando salimos del cohete, habríamos perecido.

—¿Cuando... cuando salimos del cohete? —repitió Harrys—. ¿De qué cohete?

Farrar, ganándose una mirada de desaprobación de Wharfinger, malhumorado, suspiró.

El coronel intervino.

—No podemos mantener esta situación —dijo—. Es absurdo que tengamos que pasarnos lo que nos reste de vida dando explicaciones a Harrys. Por lo tanto, si no tiene alguno de ustedes alguna idea mejor, estimo que, de una vez para siempre, le digamos cuanto sabemos referente a nuestra empresa.

—A mí me parece muy bien —asintió Wharfinger—. Y hasta creo dentro de lo posible —agregó— que ello le ayude a recuperar la memoria.

Farrar hizo una mueca para demostrar, claramente, su disconformidad.

—También me parece bien su idea, coronel —afirmó, no obstante—. Lo que ya no me resulta factible es lo de que recupere la memoria, por más que le digamos.

—¿Qué podemos hacer entonces? —quiso saber el coronel Raymond Yoke.

—Me parece que lo mejor sería darle otro golpe en la cabeza —propuso Farrar, echando una larga mirada a aquella especie de pistola ametralladora, que nadie se había tomado la molestia de recoger de donde estaba caída.

—Si creen que con eso se me iría esta confusión que siento... —accedió, cariacontecido, Harrys.

—No merece la pena —denegó el coronel—. Si se nos fuera la mano y le abriéramos la cabeza, entonces el remedio habría sido peor que la enfermedad.

—Sí —farfulló Farrar—. Comprendo que no sería fácil calcular la fuerza del golpe.

—Vamos a ver, amigo Harrys —habló Wharfinger—. Díganos una cosa: ¿Qué recuerda usted?

—¿Qué recuerdo, de qué?

—De todo. De nuestra travesía; de nuestros estudios; de nuestros proyectos; de su vida anterior...

Harrys se pasó la mano derecha por la frente.

Estaba pensando.

Sus pupilas recorrieron, de acá para allá, el recinto, mirando sin ver a todas partes.

—Sólo recuerdo —manifestó, al fin, entornando los ojos— que yo estaba en... en... Que yo estaba en...

Se mordió el labio inferior. Por lamentable que fuese, no conseguía recordar ni siquiera lo único que suponía no haber olvidado.

¡Acababan de decirle que había estado en el sector de radar!

—No sé —se encogió de hombros, vencido. Y añadió, con inusitada rapidez—: Cada rato me cuesta más batrajo... batrajo... trabajo pensar. Es como si el brocere... el brocere... —se tocó la frente—, el ce... re... bro... me funcionara al revés. Estoy como zatrielecdo.

—¿Como qué? —inquirió el coronel Yoke, enarcando las cejas.

—Me temo que está empeorando —rezongó Wharfinger, por lo bajo.

—Zatrielecdo —reiteró Harrys, haciendo denodados esfuerzos

para no trabucarse—. Zatrielecdo...

—¿No querrá decir «electrizado»? —aventuró Farrar.

—¡Eso es! —saltó el coronel Raymond Yoke, sin dar tiempo a Harrys para decir ni pío—. ¡Ahora me lo explico! ¡Está electrizado! ¡Eso es lo que nos ocurre a todos!

—¿Qué quiere decir? —interrogaron, a dúo, Wharfinger y Farrar.

—¡Que estamos debajo de un campo eléctrico! —replicó el coronel, muy excitado.

—¡Que estamos debajo de un campo eléctrico! —se asombró Wharfinger.

—¿Cómo vamos a estar debajo de nada? —se asombró, por su parte, Farrar.

—¡No griten! —les impuso silencio el coronel Yoke, levantando la voz más que ellos.

Wharfinger y Farrar, impresionados por el imperioso tono de su jefe, no sólo no siguieron gritando, sino que se callaron.

El coronel, sin notar su retraimiento, continuó, como si no hubiera pasado nada:

—Ignoro «cómo» estamos debajo de un campo eléctrico. De lo que no me cabe duda, es de que «estamos». Lo que nos hace poner los pelos de punta, es la electricidad. ¡La electricidad!

Ni Farrar ni Wharfinger -ni mucho menos Harrys que se hallaba como sumido en nuevos intentos de recordar- hicieron comentarios.

Y el coronel Raymond Yoke, achacando su silencio a falta de convencimiento, dando una palmada en la espalda de Farrar, les prometió:

—Voy a demostrarles que no me equivoco.

CAPÍTULO VII

Demostración al canto

El coronel se arrodilló ante una de las cajas que había abiertas. Durante un momento, rebuscó en ella. Luego, triunfalmente, exhibió una varilla de vidrio y un grueso guante, forrado de piel, el cual volvió del revés.

Y, seguidamente, sin pronunciar ni media palabra ni dar ninguna explicación, se puso a frotar la varilla con todas sus fuerzas en una tira de lana tejida, larga, como una bufanda, que extrajo igualmente de la caja.

El joven estaba nervioso. Muy nervioso. Como fuera de sí. Deseaba hacer sin fallos la demostración que había prometido. Si fracasaba la primera intentona, se prometió desistir.

La situación era desesperada. Resultaba ridículo, casi, casi, entretenerse con experimentos. De no ser porque se había precipitado a comprometerse...

Cuando sus subordinados empezaban a cansarse de mirarle, el coronel Yoke cesó de frotar la varilla y levantó la cabeza.

Tenía la frente perlada de sudor.

—¡Agáchense! —ordenó.

Wharfinger y Farrar no se hicieron repetir la orden; ni tampoco Harrys, quien, imitando a sus compañeros, se agachó, en el acto, a su lado.

El coronel Raymond Yoke, apenas los tres hombres hubieron obedecido, colocó la varilla de vidrio sobre la piel del forro del guante, sin tocarla.

Los pelos de la piel, que estaban, en su mayoría, abatidos, se enderezaron entonces. Se pusieron verticales. Rígidos. Aconteció con ellos igual que con el cabello del coronel y de sus hombres, todos los cuales sentían todavía tirantez en el cráneo.

—¿Se convencen ahora de que es electricidad? —susurró el coronel Raymond Yoke, indicando la piel, cuyo pelo, siempre de acuerdo con sus deseos, a medida que iba moviendo la varilla, abatiéndose en unas partes, se levantaba en otras.

Farrar y Wharfinger, con sendos movimientos de sus respectivas cabezas, asintieron.

No tenían nada que oponer a la sencillísima demostración de su jefe. Éste por frotamiento, había electrizado la varilla de cristal, la cual atraía los pelos de la piel del guante, lo mismo que podía haber

atraído trocitos de papel o de cartón.

Una cosa, sin embargo, saltaba a la vista. Si en el elemental experimento realizado por el coronel, la que atraía los múltiples pelillos de la piel, enderezándolos, era la varilla, en el vacío, en pleno vacío, que era donde se encontraba el recinto de salvamento, ¿qué originaba la tensión electrostática que se manifestaba por el singular fenómeno de la erección capilar?

Nadie se aventuró a hacer, de viva voz, la pregunta.

Formularla, no era necesario.

Lo que era necesario era saber dar la contestación.

Y ninguno sabía.

Quedaba demostrado, eso sí, que sobre ellos existía un campo eléctrico.

Y nada más.

El espacio conservaba intacto su secreto.

El coronel Yoke devolvió a la caja cuanto de ella había cogido. Farrar se puso en pie. Wharfinger le siguió.

Y cuando Harrys se estaba levantando también, de improviso, en la reforzada estructura de plástico del recinto de salvamento, sonaron, por fuera, repetidos golpecitos.

Un repiqueteo extraordinario. Rápido. Inexplicable. Como las primeras gotas de un aguacero imposible.

Fuera del esférico recinto transparente, en la monotonía azul oscuro, no se advertía el menor signo de la existencia de nada.

Excepto las brillantes estrellas del remotísimo negro del fondo, persistía la sensación de soledad. Grandiosa sensación. Espeluznante. Aterradora.

—¿Qué es eso? —dijo Farrar, al oír el ruido. Y agregó, sobresaltado—: ¿Acaso la muerte, que llama?

El coronel Raymond Yoke dejó caer, de golpe, la tapa de la caja que se disponía a cerrar.

CAPÍTULO VIII

Espectáculo inusitado

Los cuatro hombres, a cual más confuso -tanto Harrys que no sabía ni por dónde se andaba como sus compañeros- cada uno por su lado, escudriñaron el exterior.

No vieron nada.

Parecían estar en el centro de aquella monotonía azul oscuro que siempre les circundaba, la cual, aun no teniendo nada de «clara», era algo menos intensa que la demás.

En realidad, la escalonada graduación del colorido -graduación aparente- la producía el resplandor del mismo recinto de salvamento en las tinieblas del éter.

¿Tinieblas? No. Hemos dicho mal. Las tinieblas implican falta de luz. Y en el vacío cósmico hay luz. Mucha luz. Raudales de luz. No olvidemos que las estrellas, en todas direcciones, la derraman por allí.

Lo que no hay en el éter es nada que la luz pueda iluminar.

Nada absolutamente.

Y no habiéndolo, excusado es decir que el resultado es idéntico que si la luz no existiese.

Por si la idea no estuviese correctamente expresada, lo diremos con otras palabras: No habiendo objetos, ¿qué se puede ver?

La respuesta es obvia: Nada.

No existiendo objetos, no hay nada que ver.

Limpio de todo, carente hasta de atmósfera, el espacio intersideral es invisible. Incoloro. Como el aire. Como el agua.

Lo único que se vislumbran en él, perdidos en la lejanía, son los puntos de procedencia de la luz. Los apartados soles, el nuestro y el de muchos otros sistemas planetarios que forman el Universo, que lucen sin cesar.

Ahora bien, las cosas que nos rodean no las vemos porque esté luciendo el Sol o la lámpara que tenemos en el techo. Las vemos porque esas cosas rechazan, reflejan, los rayos luminosos que reciben y nos los meten por los ojos.

Y las vemos, además, no haría falta consignarlo, porque existen.

Si no hubiese cosas, por más potencia que tuviese la lámpara o por mucho que luciese el Sol, no las podríamos ver.

Eso es, ni más ni menos, lo que sucede en el cielo.

Luz hay, sí; lo que faltan son las cosas.

¿Resultado? Igual que si reinara la más completa oscuridad.

No se ve nada.

No hay –repetimos- nada que ver.

Y nada vieron, de momento, salvo la aplastante monotonía, los tripulantes del recinto A.

Los cuatro, pegándose a la curvada y transparente pared interior, se esforzaron en buscar lo que había golpeado la estructura del recinto de salvamento.

Fue en vano.

La monotonía espacial no rompía su invariable adustez.

Una calma como helada, muerta, presidía la nada toda.

El recinto, por su parte, pese a ir propulsado por la batería solar, que no dejaba de funcionar, semejaba no moverse.

Estaba como colgado.

Desde el punto de vista de la relatividad, inmóvil.

Nos explicaremos. En un plato de sopa -pongamos por ejemplo para hacernos comprender con facilidad- podrán advertirse los avances de una mosca que caiga dentro. Y si el bichito cae en un balde, de agua, también. Donde el avance de la mosca pasaría inadvertido sería si ésta, zambulléndose en una orilla del Océano Atlántico, pretendiese alcanzar, a nado, la costa opuesta.

Prácticamente, considerando los avances -avances ciertos, indudables- con relación a la distancia a recorrer, vendría a resultar que no se movía.

La velocidad del desplazamiento sería demasiado pequeña; el espacio total, demasiado grande. Desmesurado. Imposible. Desproporcionado para el insignificante organismo de la mosca.

Convengamos, no obstante, en que, a pesar de todo, si el animalito del ejemplo resistía, aunque tardase un siglo en llegar a su meta, acabaría por alcanzarla.

El caso del recinto de salvamento y el de la hipotética mosca eran similares. Sus movimientos, relativamente, eran nulos. Y ninguno de los dos -ni el insecto ni el recinto- tendría aguante suficiente para conseguir su descabellado propósito. Los dos estaban condenados a perecer. A no alcanzar la costa la mosca, y a no regresar a la Tierra el recinto.

Por sus propios medios, al menos. De súbito, Farrar, que se había situado delante de la palanca que usó para iniciar la salida del cohete, profirió un leve grito y señaló hacia lo alto.

Wharfinger gritó también. Sin saberse si era el recinto el que iba hacia el obstáculo o el obstáculo el que iba hacia el recinto, millones de puntitos, formando una resplandeciente muralla, se estaban

acercando.

Brillantes. Diminutos. Como incontables puntas de diamante desperdigadas al azar.

Al principio, tan reducidas eran sus proporciones, al coronel Yoke le dio la impresión de que se trataba de un error de apreciación. De un error óptico. Que eran las mismas estrellas -las lejanas estrellas- que brillaban en el remoto fondo que los ojos alcanzaban a ver.

Le costó trabajo convencerse de lo que estaba viendo. Algo insólito. Inaudito. Inconcebible.

De lo que no cabía duda era de su realidad. Tangible. Positiva. Nada de alucinación.

Aquellos puntitos que se aproximaban existían en la zona que recorría el recinto de salvamento.

No tenían luz propia, desde luego. No eran ascuas. Si resplandecían era porque les daba de plano la luz del éter, que los hacía brillar como chispas.

¡Y se acercaban sin tregua! ¡Como la luminosa estela de un terrestre cohete volador!

—¡Son micrometeoritos! —exclamó el coronel.

—¡No hay que preocuparse! —exclamó, casi al tiempo, Farrar—. ¡No nos causarán más daño que antes!

—¡Micrometeoritos! —dijo, también casi a la vez, Wharfinger—. ¡Micrometeoritos!

Sin apartar la vista del extraordinario espectáculo, se quedaron en silencio hasta que Harrys, volviéndose, preguntó:

—¿Teorimecromitos? No cuererdo... cuererdo... recuerdo haber oído eso en mi vida.

Wharfinger se le acercó.

—Estamos atravesando una zona —le dijo— por donde se desplazaban todos esos corpúsculos que vemos ahí fuera. Son restos, probablemente, de la desintegración parcial del cometa Halley.

—Lo malo —intervino Farrar—, no son ellos. No son mayores que simples moléculas. Lo malo son los meteoros, procedentes de esa misma desintegración parcial, con los que, sin lugar a dudas, vamos a tener la desgracia de encontrarnos[2].

—Eso me temo —bisbiseó el coronel Raymond Yoke, procediendo a abrir una trampa que había en el suelo del recinto, cubriendo la batería solar y el acumulador. Y más alto, apuntando hacia abajo, agregó—: Miren dónde están los micrometeoritos de antes.

Wharfinger y Farrar, curiosos, deseosos de ver aquello jamás visto por nadie, se aproximaron a la trampa. Harrys, pestañeando, demostró importarle un bledo semejante maravilla. Ni siquiera se movió de donde estaba.

Por eso no vio que los corpúsculos que habían ocasionado el singular repiqueteo anterior, se encontraban ahora en la parte baja del recinto, que era transparente, como todo lo demás, salvo el suelo, girando con la pared externa.

—¡Los tapaba el suelo! —habló Farrar, innecesariamente—. ¡Por eso no los veíamos!

—Así es —asintió el coronel, meneando la cabeza—. Se han quedado todos ahí.

—La atracción los ha hecho pegarse como lapas a la... —principió a decir Wharfinger.

—¿Palas? —le interrumpió Harrys, impidiéndole decir «estructura»—. ¿Palas...? ¿Lapas? Me rapece... rapece... parece que tampoco lo entiendo. ¡Y pensar que yo estaba en...!

Se cortó de golpe, exhaló un suspiro y, azorado, se mordió un nudillo.

Luego, bruscamente, dándoles la espalda a todos, quitándose el dedo de la boca, tornó a fijarse en el exterior del recinto.

Wharfinger, encogiéndose de hombros, fue a colocarse a su lado.

El coronel Yoke, ayudado por Farrar, cerró la trampa del piso. Y seguidamente, los dos hombres a la par, se reunieron con Harrys y Wharfinger.

—¡Corran, corran...! —les instó, no obstante, este último, que no se había dado cuenta todavía de que ya se encontraban a su lado —. ¡Fíjense...!

En el vacío estaba teniendo lugar un vistosísimo espectáculo. Algo inigualable, que justificaba el nerviosismo de Wharfinger.

Los primeros micrometeoritos llegaban, entonces mismo, al esférico recinto de salvamento.

Eran miles de millones. Millones de millones, quizá. Incontables. Y pequeñísimos. Incomparablemente más pequeños que los granizos de la Tierra.

Como motitas de polvo.

Como chispitas de cigarrillo.

Con suave redoble, comenzaron a chocar con el recinto A. Y al ponerse en contacto con su transparente y giratoria superficie externa, salieron despedidos de nuevo.

Era que actuaba la fuerza centrífuga.

En ininterrumpidas oleadas, más y más micrometeoritos fueron llegando. Todos, sin excepción, salían despedidos.

Era un constante ir y venir. Subir y bajar. Dos incesantes lluvias de luz. Una, hacia abajo; otra, hacia las alturas.

Sin que hubiesen acabado de probar a quedarse en el recinto de plástico reforzado todos los micrometeoritos, los primeros, atraídos nuevamente, repitieron el intento.

Volvieron a salir despedidos.

Y los segundos y los terceros y todos.

La fuerza de la atracción no vencía aún a la centrífuga. Los corpúsculos prosiguieron subiendo y bajando. Alejándose y acercándose. El recinto A estaba como jugando a la pelota con ellos.

Sin embargo, se veía palpablemente, que cada vez los proyectaba más cerca.

La fuerza centrífuga iba siendo anulada por la de atracción.

Se iban volviendo las tornas.

Los primeros micrometeoritos, como un postrer chaparrón, cayeron sobre la convexa bóveda. Y no la abandonaron ya. Se quedaron en ella, como estremeciéndose, hasta que terminaron por inmovilizarse.

Ya se comprenderá que inmóviles, lo que se llama inmóviles, no quedaron nunca.

Ni mucho menos.

Como es lógico -vertiginosa y continuamente- giraban con el recinto que los llevaba. Y semejaban, desde dentro, no ya puntos, sino horizontales rayas de luz.

Al decir que terminaron por inmovilizarse, el inteligente lector habrá interpretado que no siguieron saliendo despedidos.

Que se mantuvieron sin movimiento, relativamente.

Tan reducido era su tamaño, que los micrometeoritos, desde su punto de vista y en el supuesto de que pudieran experimentar alguna sensación, debían tener la impresión de que se hallaban totalmente inmóviles.

Igual impresión, en resumidas cuentas, que nosotros, los habitantes de la Tierra.

Ellos, aun no moviéndose voluntariamente, no dejaban ni una fracción de segundo de moverse. De girar.

Igual que nosotros.

A ellos los conducía el recinto; a nosotros, la Tierra, que nos lleva a caballo en su áspero lomo por dondequiera que va.

Sin que lo notemos, porque, como los micrometeoritos del

recinto de salvamento, en comparación con el volumen del globo terráqueo, somos muy pequeños.

Como motitas de polvo.

O menos.

CAPÍTULO IX

Harrys se enfada

A

ntes de que los últimos micrometeoritos hubiesen acabado de posarse en el recinto de salvamento, otros nuevos, tan numerosos como los anteriores, se dejaron ver en lontananza.

Como otro silencioso enjambre de luz.

Como otra silenciosa ráfaga de miles de ametralladoras disparadas al unísono.

Se echaba de menos el ruido. Resultaba raro el mudo desplazamiento de los corpúsculos por el éter.

Otra vez, como antes, se remitió el luminoso aguacero sobre el recinto. Con idéntico repiqueteo; con idéntico ir y venir.

Y cuando estos micrometeoritos estaban en plena evolución, como otras chispitas, como otras motitas, como otros enjambres, aparecieron muchísimos más.

Una inacabable sucesión de nutridísimos grupos.

La fuerza de atracción y la centrífuga volvieron a entablar su batalla.

Volvieron los corpúsculos a salir despedidos y volvieron a retornar. Y volvieron a salir y volvieron a regresar.

Siempre el mismo proceso. Forcejeo constante. Ora trayectorias rectas, suaves, fáciles, blandas; ora trayectorias curvas, veloces, relampagueantes...

Harrys cansado, sin duda, del espectáculo que ya se iba haciendo aburrido de tanto repetirse dándose media vuelta, de espaldas al vacío, se puso a mirar a la columna central del recinto A.

Sin pestañear. Con fijeza. Como si hubiera en ella algo que le llamara poderosamente la atención.

O como si tuviera localizado el punto exacto donde su cabeza había chocado.

En realidad, miraba sin prestar atención. Se sentía mareado. Temiendo caerse, se apoyó en la pared transparente. Sabía que algo, en su cabeza, no funcionaba bien.

Y sin embargo, por contra, aun sin recordar nada todavía, se daba cuenta de que ya no le costaba trabajo pensar.

Le había desaparecido aquel como vaho que antes parecía tener flotando en la mente.

Aunque no podía diagnosticarse, por causa del golpetazo, en su

cerebro, en el centro de la memoria motora de articulación, debido, acaso, a una esquirla ósea, se había producido una lesión.

Ella era, precisamente, la que le obligaba a trabucar algunas sílabas cuando hablaba.

Aquél era el síntoma -ligero hasta entonces- que demostraba la parafasia literal que padecía.

Y podía darse por contento, ya que de no haber estado acolchada la columna hubiese podido matarse, cosa que es, sin disputa, mucho peor que cualquier dificultad de coordinación.

Harrys, a pesar del mareo que experimentaba -que achacó a haber estado mirando tanto rato fuera- al notar que pensaba mejor, supuso eliminada la traba que le sujetaba la lengua.

No pensó siquiera en que el mareo patentizaba que había empeorado; ni que los efectos del golpe iban a empezar a manifestarse con mayor intensidad que nunca.

Sólo pensó, antes de decirlo:

«Estoy hasta la coronilla de perder tiempo mirando esta escena».

Y a continuación, con una dicción asombrosamente perfecta, rompió a decirlo. Sin vacilaciones; sin titubeos. Con insuperable dominio de las palabras:

—Toyes tahas la nirocolla de derper potiem rantnido taes ceesna.

Sus compañeros, como flechas, estupefactos, le miraron. Ninguno había comprendido lo más mínimo.

Harrys, malhumorado, quiso añadir:

«¡Díganme qué hago yo aquí! ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaba antes? ¡Tengo ganas de saberlo!»

Lo que salió de sus labios, aumentando el pasmo de los que le escuchaban, que abrieron los ojos como platos, fue esto:

—¡Gandíme qué goha yo quía! ¿Dedón toyes? ¿Dedón taesba tesan? ¡Goten nasga de bersalo!

—¿Qué, qué, qué...? —exclamaron, a coro, el coronel Raymond Yoke y Farrar y Wharfinger.

Harrys les lanzó una furibunda mirada. Él estaba en la creencia de que se expresaba con normalidad. No tenía ni idea de que hablaba de una forma extraordinaria.

Evidentemente acalorado, de un tirón, repitió:

—¡Toyes tahas la nirocolla de derper potiem ranmido taes ceesna...!

Y sin transición, apenas hubo pensado: «¿Quieren, quizá, hacerse los sordos?», siguió:

—¿Renquie, zaqui, cerhase los dossor?

El coronel, Wharfinger y Farrar ni siquiera parpadearon. De todo lo hablado por Harrys, no habían captado más que el tono -entre irritado e interrogador- que empleaba.

Harrys, agotado el instante que les dio de margen para responderle, atribuyendo su silencio a la intención de no contestarle, frunciendo las cejas, tornó a soltar, roncamente, otro chorro de palabras, tan incomprensibles como las anteriores:

—¡Espu les vieradto que no toyes rapa masbro y que bloha en riose!

Los tres hombres que le oían, sin salir de su asombro como el que ve visiones, no supieron qué partido tomar.

Les parecía, sí, que Harrys quería darles a entender algo, en un idioma desconocido.

No se habían enterado, desde luego, de que el nervioso Harrys -ajeno a lo que pasaba porque a él le sonaba perfectamente cuanto decía y por añadidura lo encontraba comprensible- les había dicho: «¡Pues les advierto que no estoy para bromas y que hablo en serio!»

Al ver que nadie decía esta boca es mía, Harrys, aún más enfadado que antes, les preguntó:

—¿Qué blosdia les sapa? ¿Canun van a cerhame soca?[3]

Tampoco obtuvo respuesta.

Como un rayo, saltó entonces hacia el arma que estaba en el suelo del recinto -aquella que semejaba una pistola ametralladora- y se apoderó de ella.

Antes, mucho antes de que sus boquiabiertos compañeros pudieran percatarse de las intenciones que abrigaba.

Harrys estaba firmemente determinado a enterarse de cuanto había olvidado... no sabía cuándo.

Aunque tuviera que liarse a tiros...

CAPÍTULO X

Visión terrorífica

Como autómatas verdes, girando sobre sus talones, el coronel Raymond Yoke, Farrar y Wharfinger, movidos por la curiosidad, no perdieron de vista a Harrys.

Y cuando éste, junto a la columna central, con el arma en las manos, se enderezó, quedaron frente a él de nuevo.

De nuevo mirándole a la cara. Todavía irresolutos.

Paralizados aún por un asombro que, si cabe, se intensificó.

Y sin atreverse a dar confirmación a lo que, ahora, todos estaban suponiendo.

Al fin y al cabo, ignoraban el significado del galimatías usado por su amnésico compañero.

No tenían ni noción de lo que les había estado queriendo hacer comprender.

No era cosa de dejarse llevar por las apariencias.

Harrys había sido siempre un caballero de los pies a la cabeza.

¿A santo de qué, pues, dar a sus actos una interpretación que, después de todo, debía ser errónea?

¡Cualquiera sabía, en realidad, qué era lo que estaba deseando decirles!

¡Podían ser tantas cosas!

El coronel, Wharfinger y Farrar, como es lógico, no habían olvidado que Harrys había perdido la memoria.

Eso era, únicamente, lo que, dentro del asombro, les causaba cierta intranquilidad; lo que les impelía a dejarse llevar por las apariencias.

¡Si se le ocurría abrir fuego...!

En cuanto al ininteligible modo de expresarse de Harrys, los tres hombres estaban casi seguros de que, en mayor grado, había sucedido lo que antes sucediera ya.

Es decir que Harrys, al hablar, trastocaba el orden habitual de las sílabas.

Por la imaginación de Farrar, que había dado anteriormente con el significado de «zatrielecdo», pasó la idea de pedir a Harrys que pronunciase con más lentitud, con objeto de ver si podía sacar algo en limpio de sus rarísimos vocablos.

Así lo hubiese manifestado el tripulante número dos, si le hubiese dejado tiempo el tripulante número uno.

—¡Blenha...! ¡Blenha o padisro! —sonó su voz en el silencioso recinto.

Voz dura; restallante.

Tono áspero, dominante, imperioso.

Un tono que hacía prever, sin lugar a equivocaciones ya, la desagradable situación que Harrys forzaba.

Porque su postura -rígida, de manos crispadas y apretados dientes- unida al arma que empuñaba, hasta sin haber sabido interpretar lo que les había dicho: «¡Hablen...! ¡Hablen o disparo!», les quitó cualquier duda.

Con siniestro brillo, millones de micrometeoritos se posaron en la curvada pared exterior del recinto de salvamento.

Los cuatro hombres, sin notarlo ninguno, quedaron como envueltos en la luz de un relámpago.

El coronel Yoke levantó la mano derecha.

Sin apresurarse; con suavidad.

Casi con movimiento retardado.

No le asustaba la muerte. Es más, por evitarse el horroroso suplicio de la asfixia, no hubiese movido un dedo para impedir su irremediable llegada.

Las posibilidades de conservar la vida -por más que Harrys disparase o dejase de disparar- seguían siendo tan nulas como de costumbre.

—No es necesario que se tome la molestia de matarnos —dijo el coronel Raymond Yoke. Y añadió, encogiéndose de hombros—: Tampoco recuerda que vamos a morir de todas maneras, claro está. ¿O es que tiene interés en convertirse, sin necesidad, en un asesino?

Harrys, aunque él no hablara con normalidad, no dejó de enterarse de cuanto le habían dicho.

Su postura perdió firmeza. Se destensó. Y sus ojos, que miraban fijamente, pestañearon.

Las palabras del coronel –tranquilísimas- tuvieron la virtud de aplacarle.

Evidenciando suma extrañeza, pensando: «¡¿Dice usted que vamos a morir de todas maneras?!», principió a hablar:

—¡¿Cedi tedus que mosva...?!

Se interrumpió. Todo le daba vueltas.

El coronel Yoke avanzó un paso.

—¿Cedi tedus...? —repitió Harrys, con una entonación suavísima, como suspirando.

Tuvo que volver a interrumpirse.

El coronel, que había avanzado otro paso quitándole el arma, asintió.

Harrys no ofreció resistencia. Se dejó desarmar como si hubiese sido un niño.

No hizo más que fruncir las cejas.

Y se quedó como alelado. Con los brazos, vacíos, en posición de estar sujetando el arma que le acababan de quitar.

Con la boca entreabierta, reflejando un estupor imposible de describir.

La noticia, seria, serena, de que iban a morir «de todas maneras», le anonadó.

Él no quería más que enterarse... saber... conocer... dónde estaba... dónde había estado antes...

El mareo le onduló en las retinas las verdes imágenes de los hombres que le acompañaban.

Los músculos se le aflojaron más que lo que ya estaban.

Los brazos le cayeron a lo largo del cuerpo; inertes; laxos. Y la cabeza, que hasta entonces había mantenido erguida, se le fue hacia adelante.

Sin fuerzas ni para sostenerse en pie, desplomándose casi, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la columna.

Se había como desinflado.

Al cesar la tensión nerviosa que le había dominado, se sintió más mareado que nunca.

Las ideas, tan claras, a su entender, un momento antes, se le oscurecieron. Se estaba desmayando.

Le despabiló una insoportable sensación de dolor.

Dolor lancinante que no supo, en principio, localizar.

Era en la nuca.

Con torpeza, lentamente, tratando de eludirlo, de hacerlo desaparecer, meneó la cabeza a un lado y a otro.

El dolor persistía. Cruel. Agudísimo.

Entrecerró los ojos. Jadeante, prosiguió moviendo la cabeza.

A la derecha; a la izquierda... A la derecha, a la izquierda... Infinidad de veces.

El dolor continuaba. Siempre continuaba.

Y se exacerbaba. Sin saber cómo, se puso una mano en el cuello y se echó la cabeza para atrás.

Experimentó cierto alivio.

Se dispuso a hacer flexiones.

Apoyó la barbilla en el pecho y, con objeto de tener más radio de acción, separó la espalda de la columna.

Después levantó la cabeza. Cuanto le fue posible. Hasta que el cogote chocó con la columna.

Y en el acto, instantáneamente, la volvió a bajar.

Como si le hubiesen dado un pinchazo.

Desorbitó los ojos. Miró, sucesivamente, al coronel y a Farrar y a Wharfinger, que estaban de rodillas a su lado, y repitió la mirada hacia arriba.

Su semblante, demudado ya, adquirió entonces una coloración fantástica.

Entre lívida y rojiza. Brillante. Se hubiera podido decir que luminosa.

Como si le hubiera encendido la cara por adentro.

Con un esfuerzo supremo, incorporándose a medias, levantó un brazo y apuntó, con el índice extendido, a lo alto del recinto.

Luego cayó al suelo, mientras el coronel Raymond Yoke y Wharfinger y Farrar, atónitos, dirigieron la vista en la dirección que señalara el dedo.

¡Y si los cabellos no se les erizaron a ninguno, sin necesidad de campos eléctricos, fue porque ahora todos llevaban los verdes casquetes de los equipos de emergencia!

CAPÍTULO XI

Monstruo del infinito

U

na masa rojiza, veteada de azul, se les echaba encima.

—¡Un meteoro! —exclamó, por todos, Wharfinger.

Una masa enorme, desmesurada, irregular, dentro de cierta esfericidad, que arrastró sobre ella millones de los micrometeoritos que iban a posarse en la superficie del indefenso recinto de salvamento.

Para los cuatro hombres que estaban encerrados en él, estaba llegando el último segundo de sus respectivas existencias.

El último latido de sus respectivos corazones estaba a punto de sonar.

Sin remisión.

El encontronazo con el meteoro sería mortal de necesidad.

El coronel, poniéndose en pie de un ágil salto, ahogando la exclamación de Wharfinger, gritó:

—¡Está ardiendo!

Estaba ardiendo, en efecto. El resplandor de las llamas -extrañas llamas azules y rojas- era lo que había iluminado tan extraordinariamente la cara de Harrys. Y las de los demás también, naturalmente, aunque de esto sólo se hubiese percatado Harrys.

—¡No hay solución! —se lamentó Farrar, impotente, resignado a perecer.

Y Wharfinger, con idéntica resignación y con igual impotencia, desolado, repitió:

—¡No hay solución!

La distancia que les separaba del meteoro era muy escasa.

Y lo peor era que cada vez iba disminuyendo. De seguir así, antes de diez segundos, se habrían estrellado contra él.

—Mejor que la asfixia —murmuró el coronel Yoke, comparando ésta con la muerte que les aguardaba—. ¡Mil veces mejor...! ¡Mil veces más rápida!

Sin dejar de contemplar al meteoro, Farrar y Wharfinger se levantaron del suelo.

Era inútil seguir junto a Harrys.

Él sería el único que no se daría cuenta de nada. Estaba inconsciente. Moriría sin sentirlo.

Se acercaron a la palanca de arranque, desde la cual, aunque desde todo el recinto se veía, el veloz meteoro se distinguía mejor.

El coronel Raymond Yoke, en silencio, fue tras ellos.

Y de súbito, agarrando por los hombros a Farrar comenzó a dar gritos:

—¡Está ardiendo, está ardiendo!

Había en el tono algo raro. Una intencionada inflexión de voz, como queriendo señalar algo que estuviera clarísimo.

Farrar, sin comprender el sentido de lo que su jefe decía, procurando zafarse, rezongó:

—Ya lo hemos visto.

El coronel, al ver que el tripulante número dos no reaccionaba como él suponía, con un nerviosismo rayano en la demencia, soltándolo, agarró por su cuenta a Wharfinger, sin cesar de repetir:

—¡Está ardiendo, está ardiendo!

—¿Y qué? —dijo Wharfinger—. Tanto nos da que lo esté como que no. En resumidas cuentas, ¿qué nos importa? ¿O es que usted prefiere morir achicharrado mejor que de otra manera?

—¡No prefiero morir de ninguna manera, si es eso lo que le interesa saber! —se enfadó el coronel Yoke, empujándole, ligeramente, al soltarle—. ¡Lo que quiero decir es que el meteoro está ardiendo!

Tan nervioso estaba, que no había dicho lo que deseaba. Había repetido, una vez más, lo que en tantas ocasiones afirmara.

Sus subordinados se encogieron de hombros.

Él, al fin, se explicó:

—¡Que para que esté ardiendo es preciso que nos encontremos en un lugar donde haya oxígeno!

Farrar y Wharfinger se quedaron de piedra.

Y luego se vieron presas de un nerviosismo similar al del coronel Raymond Yoke.

La muerte, aquella pavorosa muerte a la que se sabían condenados, era ahora mucho más terrible que antes.

Incomparablemente más.

Ahora, sólo con ver cómo ardía la gigantesca masa que los iba a achicharrar, se les habían despertado las ansias de vivir.

Ahora sabían a ciencia cierta que se hallaban en una zona del espacio donde existía aire, atmósfera, única forma de que el meteoro pudiera arder.

En el vacío no es posible la combustión: el meteoro estaba en combustión; luego no se hallaba en el vacío.

Lógica pura.

La proximidad de algo con atmósfera, fuera lo que fuera, les dio esperanzas.

¡Esperanzas!

¡Esperanzas, ¿de qué?! Ni ellos mismos lo sabían. Esperanzas imposibles.

Esperanzas sin esperanza.

Desesperación. Rabia.

Sintieron lo mismo que unos náufragos terrestres sentirían si, en alta mar, al ver perfilarse, a lo lejos, las sinuosidades de una costa, tuvieran la mala fortuna de zozobrar y no poseyeran ni nociones de natación.

Los tripulantes del recinto de salvamento A no veían «costa». La intuían, tan sólo; la presentían.

Una «costa»... Un astro...

Ignorado. Recóndito. Perdido en las profundidades espaciales.

Un astro... Cualquiera que fuese. Un astro cualquiera...

Un astro con atmósfera, donde poder «arribar»...

¡Y habían estado en un tris de lograrlo!

¡De no haber sido por el meteoro...!

¿Evitando el encontronazo...?

¡¡¿Evitar el encontronazo?!!

Era descabellado pensarlo siquiera.

Absurdo.

Una quimera irrealizable.

¡Un sueño pueril!

¡Si el recinto carecía de mandos! ¡Si lo que con él se pretendía era, precisamente, que lo atrajese cualquier astro, cualquier cuerpo celeste!

Meteoros en combustión, no, claro.

Astros, astros. La Tierra, la Luna, o el satélite «Next».

¿Quién habría podido prever que iban a entrar en colisión con un meteoro «ardiendo»?

Tenían que chocar con él irremisiblemente.

Necesariamente.

Sin escape posible.

¡Y morir! ¡Estrellarse, abrasarse...! ¡Perder la vida de modo escalofriante!

¡Para colmo, después de haber visto abierta la puerta de la esperanza!

Porque si el meteoro ardía, señal era de que se hallaba en alguna atmósfera.

Era incuestionable; irrebatible; indubitable.

Como un monstruo espantoso, el meteoro se abalanzó sobre el pequeño recinto.

El coronel Yoke, Wharfinger y Farrar cerraron los ojos.
No pudieron resistir la intensidad de las llamas.

CAPÍTULO XII

¡El último instante!

L

os tres hombres esperaron el ruido que produciría el choque del meteoro con el recinto de salvamento.

Un ruido rápido: instantáneo.

¡El último ruido!

Después de él, la Eternidad.

Un ruido que llegaría a sus oídos a través de la aisladora zona de aire que quedaba entre las paredes de plástico transparente. Entre las exteriores, que giraban, y la inmóvil del interior.

Un ruido sordo, como un taponazo.

Un ¡plof!, y...

No habría tiempo para nada.

Iba a ser auditiva la postrera sensación que recibieran sus sentidos.

Parecía como si fuera lo natural.

Allí, en la altísima capa de aquella atmósfera, rozando el vacío, donde la luz era como la oscuridad, donde la luz parecía no existir, ellos, pudiendo ver, tenían que morir con los ojos cerrados.

Sin otra sensación que el ruido al colarse por los auriculares de los equipos de emergencia.

El coronel Raymond Yoke, Farrar y Wharfinger, por los párpados apretados, recibían la impresión de que podían ver una extensa mancha roja.

Fuertemente roja.

No supieron si sería la luz de las llamas, que se les filtrara por la piel de los párpados, o un efecto producido por el esfuerzo de cerrar los ojos.

Lo que sí supieron, o creyeron saber, fue que la muerte estaba retrasándose.

A juzgar por sus cálculos, ya debía haber acontecido el aniquilador encontronazo.

Farrar, corriendo el riesgo de quedarse ciego, a causa del cegador resplandor de las llamaradas que acababan de ver surgir del meteoro, abrió los ojos levemente.

Por entre las pestañas vio que el meteoro, pavorosamente cerca, estaba ante el recinto.

Volvió a cerrar los ojos.

Debía haber sido una equivocación.

La muerte seguía en camino. No tardaría a llegar. Era cuestión de no impacientarse.

—¿No les parece que tarda...? —dijo Wharfinger, no obstante, sin abrir los ojos.

—Está llegando —repuso Farrar, sin abrir tampoco los ojos ahora. Y agregó, para que no hubiese dudas—: Acabo de verlo.

—¡No abra los ojos, hombre! —ordenó el coronel—. ¡Se va a quedar ciego!

Y luego, al caer en la cuenta de que tanto daba:

—Perdone...

El suelo del recinto, de repente, perdió su horizontalidad. Por la cuesta abajo, con las cajas de vituallas y con Harrys, que rodó también, rodaron hasta quedarse en la curvada pared de plástico.

Apretaron los dientes.

El azote de las llamas debía haber sido el causante del efecto que se produjera.

Desagradable efecto.

¡Un instante más, y...!

Tras la súbita caída, quedaron inmóviles. Después, casi en el acto, el recinto volvió a enderezarse.

Volvieron a caer al suelo.

La columna, el eje, allí donde iban las lentes de Fremel, estaba otra vez vertical.

Nadie abrió los ojos.

Debían hallarse en el seno del fuego.

Atravesándolo, sumergiéndose en él, hasta que llegaran al duro núcleo del meteoro, donde chocarían con aterradora velocidad.

¡¡Un instante más, y...!!

Contuvieron el aliento.

¡¡Estaban viviendo el último instante!!

Los latidos de sus respectivos pulsos, aun sin que ninguno temiera a la muerte, semejaron detenerse.

Dejar de latir los corazones, por su propia voluntad, adelantándose a la forzosa parada que se avecinaba.

¡¡¡Un instante más, y...!!! Las imaginaciones de cada cual, incapaces ya de enfocarse en una idea determinada, se perdieron en el vórtice de la confusión.

En el tumultuoso torbellino de un caos intelectual.

Como chispazos, sin orden ni concierto, las ideas -céleres, vagas, fugaces- brotaban y se apagaban en las mentes. Zarabanda indescriptible de imágenes. Todas imprecisas; todas desdibujadas. Deformadas todas.

Irreales retazos de vida... pensamientos risibles... recuerdos absurdos... Un como vertiginoso girar y girar... Un instintivo afán de evadirse del futuro. Un subconsciente anhelo de apurar, hasta el máximo, el último instante.

¡Fijarlo, detenerlo, sujetarlo en el cerebro! ¡No dejarlo escapar!

Inopinadamente, el coronel Raymond Yoke y sus dos subordinados -ninguno de los cuales había intentado siquiera levantarse- se estremecieron.

En el recinto resonaba una tajante voz. Lejana, profunda...

—¡Despierten! —decía.

Una voz desconocida -hueca; oquedosa; impersonal; como de ultratumba- que pareció rebotar, acercándose:

—¡Despierten...! ¡Despierten...! ¡Despierten...!

El inflexible mandato, a medida que iba taladrando los auriculares, fue cobrando personalidad.

¡Era Harrys el que hablaba!

Los tres hombres, rota la insuperable emoción que les embargaba, abrieron los ojos.

Y los volvieron a cerrar, porque las llamas del meteoro, deslumbrándoles, no les dejaron tenerlos abiertos.

La situación seguía siendo desesperada.

Tan desesperada como siempre.

El meteoro estaba materialmente encima.

El fuego lamía el recinto.

¡No había solución!

CAPÍTULO XIII

El signo de la pequeñez

H

arrys, por verlos echados en el suelo y con los ojos cerrados, debía suponer que dormían.

—¡Despierten! —reiteró—. Tenemos un meteoro muy cerca de nosotros, ¿saben? Es como una bola ígnea...

¡Que era como una bola ígnea! ¡Qué iba a decirles Harrys, a ellos, cómo era!

Harrys, que debía haber recobrado la memoria cualquiera, sabía cómo, ignoraba lo principal. ¡Que era mortal de necesidad!

—¿Tanto sueño tienen? —insistió el tripulante número uno—. ¡Les digo que es un meteoro! ¡Un resto de la desintegración parcial del cometa Halley!

¡Claro que lo era! ¡Vaya una noticia!

—¡Puede que choquemos con él! —continuó Harrys.

¡Otra noticia! ¡Como que ya iban a chocar...!

—¡Cállese! —ordenó el coronel Yoke, sin abrir los ojos, porque estaba seguro de que no lograría mantenerlos abiertos—. ¡Sabemos todo cuanto pueda explicarnos!

Harrys no se calló. Parecía encontrarse de un humor excelente.

Y locuaz. Muy locuaz.

—¿Han visto qué golpe me he dado con esta caja de vituallas? —preguntó, probablemente, señalando la caja a que se refería—. Ha sido increíble. Me dolía la cabeza, ¿saben? Aquí, un dolor en la nuca... Bueno, pues he rodado por el suelo, me ha caído la caja encima... y ¡paf!, curado. ¡Ha sido maravilloso! Con decirles que ahora, a pesar del golpe, no me duele absolutamente nada...

¡Ah! ¿Conque Harrys había recobrado la memoria merced a otro golpetazo en la cabeza? ¡Un clavo saca otro clavo!

¡Mejor para él! ¡¿Mejor...?!

Daba igual. Con amnesia o sin ella; con dolor de cabeza o sin él, estaba condenado a morir.

Ni el coronel, ni Farrar, ni Wharfinger se movieron.

—¡Qué viaje éste! —suspiró Harrys—. Unas veces, porque no se ve la luz, y otras, porque se ve demasiado, nunca se puede vivir con tranquilidad. Por defecto o por exceso, siempre.

Se detuvo. Y cambiando de tono:

—Lo que no comprendo es el motivo de que no hagan ustedes otro tanto que yo.

Como para dar lugar a que le preguntaran qué era lo que hacía él, hizo otra pausa.

Y como nadie hablara, que bastante tenían todos con aguardar la inminente llegada de su fin, prosiguió:

—Me he puesto de espaldas al meteoro y me he tapado la cara con las manos. Así, aunque no del todo, puedo mantener los ojos abiertos... hasta que ustedes tengan a bien quitarse de encima de la caja donde están las gafas oscuras. Por eso les he llamado. Como no estaban en la caja que me ha caído en la cabeza... Si no, les hubiese dejado dormir. Total, si chocamos, maldita la falta que nos van a hacer las gafas.

—¿A qué distancia nos hallamos del meteoro, Harrys? —quiso saber el coronel Raymond Yoke.

—¡Uf! —resopló el interpelado—. ¡A muy porca, a muy poca! ¡Estamos muy cerca...! Ahora que les advierto que hemos estado más.

—¡¿Que hemos estado más?! —gritaron el coronel y Wharfinger y Farrar—. ¡¿Qué quiere decir?!

—Que ahora no estamos tan cerca como antes —repuso Harrys —. Que hemos estado más cerca que ahora. ¿Es que no lo entienden?

¡Que si lo entendían! ¡Preguntaba que si lo entendían! ¿Cómo no lo iban a entender?

¡Aquello significaba que podrían vivir, todavía, un instante que no fuese «el último»!

¡Aquello significaba que la muerte no se decidía, aún, a segarles la existencia!

Como sonámbulos, sin abrir los ojos ni por casualidad y cubriéndose la cara con las manos, el coronel Yoke, Farrar y Wharfinger, tambaleándose, se pusieron en pie.

Harrys, metiéndose entre ellos, rezongó:

—¡Menos mal!

Y se puso a rebuscar en una de las cajas que estaban en el circular suelo del recinto.

—¡Aquí están las gafas! —avisó poco más tarde—. Voy a ponerme unas, porque se me están abrasando las pupilas.

Y seguidamente:

—Tengan...

Y les fue metiendo en los dedos sendas gafas a sus compañeros, los cuales, con la febril precipitación que es de suponer, procedieron a colocárselas delante de los ojos.

Su primera mirada, naturalmente, fue para el meteoro.

Se sobresaltaron.

La espantosa mole, enredado ovillo de llamas azules y rojas, continuaba inundando el recinto de salvamento con su cegadora luz.

A pesar de las gafas oscuras -cristales absorbentes, verdaderos filtros de las ondas luminosas- no se le podía mirar cara a cara.

Abofeteaba a las niñas de los ojos con su brillo inaguantable.

Interrogadores, miraron, después, a Harrys. El rostro de éste, salvo lo que de él ocultaban las gafas, conservaba la apariencia de antes.

Como si se le hubiese encendido por adentro.

—Hemos estado más cerca —dijo Harrys, apuntando con el dedo al meteoro—. Ha habido un momento en que creí que íbamos a entrar en colisión.

El coronel y Wharfinger y Farrar, silenciosos, escucharon al locuaz hombre que ostentaba en su verde equipo de emergencia el número uno, que prosiguió, apuntando al suelo:

—Ustedes estaban durmiendo. No me pareció oportuno despertarles. Como comprenderán —se encogió, displicente, de hombros—, ¿para qué...?

—No estábamos durmiendo —le interrumpió Farrar, yendo a situarse detrás de la columna central, a la sombra—. Estábamos...

—Estábamos... —musitó Wharfinger, siguiendo a su compañero —. Estábamos...

No se atrevían a confesar que habían estado sufriendo el horrendo martirio de vivir el último instante.

—Estábamos esperando el choque —intervino el coronel Raymond Yoke, yendo, con Harrys, a reunirse con Wharfinger y con Farrar—. Esperando el ruido del encontronazo y, por lo que a mí respecta, al menos, un... un poquitín asustado.

—Sí —convino Farrar—. Un... poquitín.

—No sé a qué llamarán ustedes «un poquitín» —recordó Wharfinger.

—A lo mismo que usted —sonrió el coronel, con desgana, ante la buena fe del tripulante número tres—. Lo que pasa es que no queremos... cansar a Harrys. ¿Para qué explicarle que se nos había paralizado el corazón y que ni siquiera respirábamos de... de lo «poquitín» asustados que estábamos? A buen seguro que él se hallaba en idénticas condiciones.

—¿Yo? —se apuntó al pecho Harrys—. ¡Ni por pienso! Yo no me asusté ni ese... «poquitín» que ustedes dicen. ¿No estamos en situación desesperada? ¡Para qué asustarme! Ya sabemos lo que

va a pasar, ¿no? ¿Es que nos vamos a lamentar ahora? Cuando emprendimos la aventura, ya sabíamos lo que podía suceder. Por eso, aunque fui el primero en ver el dichoso meteoro, ni siquiera les avisé. Si no hubiese sido por lo de las gafas oscuras...

—¡Un momento! —le cortó Farrar—. ¿Cómo dice que no nos avisó? Precisamente estaba sentado, aquí mismo, cuando empezó a hacer flexiones de cabeza, ¿no recuerda?

—¡¿Que yo empecé a hacer flexiones de cabeza?! ¡Usted está soñando, Farrar! ¡Vaya una idea...!

Se encaró con el coronel Yoke y con Wharfinger:

—¿Ustedes me han visto a mí, por casualidad, hacer flexiones de cabeza?

Wharfinger se puso rígido. De no haber sido porque las gafas le tapaban la cara, se hubiese podido ver que había palidecido.

El coronel, con cuidado de que Harrys no lo pudiese notar, le dio un significativo codazo. Y luego, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir, porque, igual que Wharfinger, acababa de darse cuenta de que Harrys, aun habiendo recobrado la memoria, no lo había hecho más que en parte, mientras Wharfinger, como el que no quiere la cosa, conducía al otro lado de la columna a Farrar, dijo a Harrys, sin llevarle la contraria:

—No. No le hemos visto hacer ninguna flexión, Harrys. Usted ha sido el primero en divisar el meteoro. Nosotros... nosotros debíamos estar soñando entonces.

—Naturalmente que debíamos estar soñando, Harrys —cedió Farrar, enterado ya de lo que sucedía, apareciendo, con Wharfinger, después de haber contorneado ambos la columna central del recinto A—. Si le he dicho que sí nos había avisado —añadió—, ha sido para ver qué cara se le ponía.

Harrys, inquieto, farfulló:

—¡Bueno, bueno! ¡No comprendo cómo tiene usted ganas de bromas! Después del fallo en el lanzamiento del séptimo «piso» del cohete, estamos en un apuro que no es como para tomarlo a risa. Y mucho menos, para hacer experimentos con mi cara. ¡Con lo bien que iba todo...! Por cierto, coronel, ya me perdonará el golpe que he tenido que darle. Créame que lo siento. Mejor dicho, que lo sentimos. No lo tome como un desacato a su autoridad, que nadie discute. Es que no hemos podido resignarnos a dejarle que se desintegrara como si fuese un conejo de Indias.

—No se preocupe por eso. Mientras... mientras soñaba, les he perdonado. He soñado que les perdonaba, sí. Y ahora, sin soñar ya, les perdono también. Y convengo en que no somos dueños de

nuestras vidas y en que no podemos disponer de ellas a nuestro antojo.

—¡En cuántas ocasiones lo discutimos durante la travesía! —rememoró Harrys—. ¿Recuerda? Y usted, erre que erre. Me alegro de saber que, por fin, ha abandonado esas raras ideas de que prefiere una muerte por desintegración a otra por asfixia. ¡Una desintegración voluntaria, cáspita! ¡Sometiéndose a ella voluntariamente! La muerte es... la muerte. ¡Lo último! Ya ve, el cohete se ha desintegrado y nosotros seguimos viviendo. ¿Que tenemos, por llevarle a usted en el recinto, un poco menos de aire? Bueno, ¿y qué? El caso es que la esperanza todavía dura.

—Todavía dura... —hizo eco Farrar, por no contrariarle, asomando la cabeza para fijarse en si el amenazador meteoro «opinaba» igual. Y volvió a esconderse tras la columna, porque el celeste cuerpo, con su aspecto ovillado, seguía peligrosamente cerca, repitiendo, pesimista y afligido—: ¡Todavía dura!

—Claro que sí —prosiguió Harrys, impertérrito—. Mientras hay aire, hay esperanza.

—Aire queda —habló el coronel Raymond Yoke, olfateando el ambiente del recinto de salvamento—. Procuraré respirar lo menos que me sea posible.

—No tenemos que escatimarlo, coronel —bisbiseó Farrar—. El meteoro se nos va a echar encima de un momento a otro. Podemos permitirnos el lujo de gastar el aire hablando. ¿Verdad, Wharfinger?

—Lo que no me cabe en la cabeza —elevó los hombros éste—es por qué no se nos ha echado encima ya. Parece como si la velocidad hubiera disminuido.

—¡Ah! —se mostró asombrado Harrys—. ¿Es que ustedes no se han dado cuenta de una cosa que está pasando?

Todos a una, ansiosos de descubrir a qué se refería el tripulante número uno, se pusieron a observar la masa de llamas que brotaban del meteoro.

—¿Quiere usted decir que arde y que, por lo tanto, nos encontramos en alguna atmósfera desconocida? —interrogó, a su vez, el coronel Yoke.

—Eso, también —replicó Harrys. Y añadió—: Lo que yo quiero decir es que aventajamos en velocidad al meteoro, que vamos delante de él. Al principio, sí que ganaba terreno. Fue luego, cuando rodé por el suelo y me golpeó la caja en la cabeza, cuando empezamos a vencerlo.

—¡Imposible! —saltó Wharfinger, áspero—. ¡La batería solar no puede competir con un meteoro! ¡¿Cómo van las lentes de Fremel

a...?!

—¡Yo qué sé! —contestó Harrys, molesto por el brusco modo de expresarse del tripulante número tres.

—¡No podemos ir delante del meteoro!

—¡Yo le digo que vamos!

—¡No es posible!

Intervino el coronel Raymond Yoke.

—Calma, calma... ¿Qué más nos da? Al final, no se alterará el resultado: Pereceremos. Lo único que yo siento —suspiró— es no poder corresponder a la confianza que ustedes depositaron en mí cuando me aceptaron por jefe. La elección, lo confieso, me llenó de alegría. Me creí un superhombre... Ahora veo que no soy ni tanto así.

Con la mano derecha enguantada por el verde equipo de emergencia, sabiéndose impotente para dominar la desesperada situación, hizo el signo de la pequeñez.

CAPÍTULO XIV

Suposición descabellada

Al expresivo gesto del coronel Yoke, siguió un silencio impresionante. Pesado; ominoso...
Material, casi, de tan denso; de tan palpable; de tan eminentemente sombrío.

Un silencio desconsolador; triste..

Elocuente expresión, sin embargo, de la pérdida total de las esperanzas.

No es que antes hubiesen tenido, como ya sabemos, confianza en salir con bien de la empresa.

A ninguno se le ocultaba lo inexorable de su destino.

Era que ahora, el coronel, con su sencillo gesto, había expresado lo que todos pensaban.

¡Y con qué elocuencia!

Ni con palabras podía haberlo conseguido mejor.

Aquel signo era todo un símbolo.

También Harrys y Farrar y Wharfinger, cuando fueron seleccionados en la Tierra para integrar la tripulación del desaparecido cohete, se habían creído seres singulares.

Superdotados, física e intelectualmente. Dechados de sabiduría y de perfección corpórea. Prototipos, en suma, de la Raza Humana.

Seres especiales, dotados de todas las virtudes y de ningún defecto.

Invencibles; capaces de presentar batalla al cosmos y ganarla; superhombres.

Y se encontraban con que eran diminutos, diminutos. Menos aún que corpúsculos.

Como átomos perdidos en un piélago de monotonía.

Despreciables; indignos de ser tenidos en cuenta.

Incapaces de tomar decisiones, como no fuera la de resignarse a no tomar ninguna decisión.

Incapaces de hacer nada. Condenados a dejarse llevar, encerrados en una transparente cárcel, hasta que la muerte les diera alcance.

Con el cerebro, con el organismo todo, supeditado al mecanismo del recinto de salvamento.

Vencidos por la máquina; por lo inorgánico.

Anulados por el espacio.

Allí, en las infinitas alturas del cielo, perdían hasta la categoría de hombres.

Todo lo más, concediendo, quizá, mucho, eran vicehombres.

Entes cuya existencia fluctuaba entre el ser y la nada.

Entes ínfimos, anegados de inmensidad.

Con menos valor que ese resto, despreciable por pequeño, que no tenemos en cuenta los terrestres al efectuar ciertas operaciones de dividir.

Operaciones intranscendentes, desde luego.

¡Ay de ellos, si el Supremo Hacedor «dividía» como los hombres!

Harrys, carraspeando, rompió el silencio que aplastaba el recinto A.

Luego, como sus compañeros le miraran, dirigiéndose al coronel, le dijo:

—No se preocupe, que nadie le recrimina su falta de poder para salir adelante. Usted, como nosotros, no es más que un hombre. Para vencer la situación se necesitaría ser mucho más.

—Les advierto —enarcó las cejas el coronel Raymond Yoke— que jamás, aún habiéndome creído muy superior al resto de mis semejantes, tuve la osadía de compararme con Dios.

—Ni yo tampoco —refunfuñó Harrys, que agregó—: Dios, qué duda cabe, podría sacarnos del atolladero... también.

—¿También? —preguntaron, repitiendo, el coronel y Wharfinger y Farrar—. ¿Qué es eso de «también»?

—¡Ay, amigos! —levantó las manos Harrys—. Ignoro lo que es. Sólo sé que algo se nos ha adosado al polo inferior del recinto.

El coronel Yoke, con Farrar y Wharfinger, se abalanzó a abrir la trampa del suelo, la misma por donde, anteriormente, vieron los micrometeoritos.

En la cara de los tres hombres, ninguno de los cuales daba crédito a Harrys, temblaba el fantasmagórico resplandor de las llamaradas, rojas y azules, del meteoro.

Harrys, sin cesar de hablar, los siguió.

—Cuando chocamos con... con «eso» —dijo— fue cuando me cayó la caja en la cabeza. Fue un golpe tremendo. No sé cómo no les despertó.

El coronel, Wharfinger y Farrar, levantando la tapa hacia el sitio por donde se aproximaba Harrys, echaron un vistazo a la parte de abajo del transparente recinto de salvamento.

Y se confirmó su sospecha.

¡No había nada!

Ni siquiera los micrometeoritos, que, atraídos, tal vez, por el meteoro -tan cerca de él se encontraban- debían haber ido a formar parte del mismo.

¡No estaba «eso» que Harrys aseguraba!

En el interior del recinto, al alcance de la mano como quien dice, se hallaba el acumulador y la batería solar; fuera, como «dormido» de tanto girar, el chato extremo del eje que atravesaba la esfera de plástico -por dentro de la columna central- y la majestuosa uniformidad del firmamento.

¡Y nada más!

El tripulante número uno se había confundido.

Desvariaba, quizá.

CAPÍTULO XV

Desfallecimiento

E

l coronel Yoke y sus hombres dos y tres, desconcertados, lanzaron sendos suspiros.

Entrecortados, leves, apenas perceptibles.

A sabiendas de la imposibilidad de que fuese cierto lo dicho por Harrys, en sus corazones había habido otro espontáneo latido de esperanza.

Simultáneo con el latir normal; como una extrasístole; como un movimiento patológico.

A fuerza de reconcentrar la emoción, de constreñirla, estaban cayendo en lo enfermizo.

Sus vísceras se estaban resintiendo. Y la cardiaca, de todas, la más sensible, la más delicada, era la primera en demostrar el agotador esfuerzo a que estaba siendo sometida.

Al producirse, la «situación desesperada», sus respectivos ánimos -aunque no lo exteriorizaran- habían recibido un impacto tan formidable como es de imaginar.

Eran hombres, al fin y al cabo.

La procesión iba por dentro.

El trance -crítico siempre; decisivo siempre- no podía dejar de influir en todo su ser.

¿Quién es capaz de aguardar la muerte impávido? ¿Quién, de conservar la ecuanimidad cuando la vida se ha dado ya por perdida?

No existía peligro, no obstante, de que a ninguno llegasen a desquiciársele los nervios.

Ni de que se convirtieran en cardíacos.

La muerte les alcanzaría antes.

Mucho antes.

Lo que más les pesaba era la forzosa pasividad que se veían obligados a tener.

Quieras que no, tenían que seguir metidos en los estrechos límites del recinto de salvamento, dejándose llevar por donde a éste «le diese la gana» -que no debía ser, a, pesar de todo, el pavoroso meteoro, ya que, inexplicablemente, ahora iba delante de él.

Inexplicablemente, no.

Tenía su explicación.

Explicación científica. Y lógica. Sin fantasías; sin quimeras.

El incandescente meteoro, al desplazarse por la indudable atmósfera del astro que fuese, tenía, por fuerza, que estar consumiéndose a pasos agigantados.

Ése debía ser, precisamente, el motivo de que hubiese perdido rapidez.

Al principio, como ellos vieran y Harrys señalara, sí avanzó sobre el recinto. Fue cuando el meteoro poseía la masa necesaria para desarrollar su inusitada velocidad; luego, al consumirse rápidamente la masa, el meteoro habría disminuido considerablemente su celeridad.

Entonces debía haber sido cuando, al alcance de las llamaradas ya, el recinto se había como volcado, instante en que rodaron por el suelo. En este punto, el recinto de salvamento -que iba impulsado, no lo olvidemos, por la batería solar- habría ganado espacio, llevando en pos una masa meteórica sólo aparente. En realidad, debía ser todo llamas. O casi todo.

Un reducidísimo núcleo, a lo más, que no tardaría a transformarse en un puñado de cenizas. Así, al menos -al constatar que no había nada, por desgracia, adosado al recinto- se explicaron lo ocurrido, con el pensamiento, el coronel Raymond Yoke y Wharfinger y Farrar. Era la única explicación. La explicación monda y lironda, sin echar mano de la fantasía para paliar la amarga realidad. Las llamas, con núcleo o sin él, se cernían tras ellos con su constante y cegadora amenaza. Los tres, después de la fallida esperanza -increíble esperanza en unos hombres conscientes de que no podían esperar ninguna ayuda- se sintieron desfallecer.

Y por paradoja, como antes ya aconteciera, era la esperanza misma la que les causaba el desfallecimiento.

Si cuando lo dieron todo por perdido, lo hubieran perdido de veras, hubiesen muerto con su conformismo.

Un conformismo en modo alguno pesimista. Un conformismo natural.

Inherente a la envergadura de la empresa -ardua empresa- que habían acometido.

Fuera de los ámbitos terrestres, se veían precisados a conformarse con la suerte prevista.

Con la suerte calculada con anticipación.

Y si en sus humanos pechos no hubiera renacido el rescoldo de la esperanza, habrían continuado como hasta entonces.

Sin tenerla siquiera latente; ni siquiera en potencia; sabiéndose absolutamente perdidos.

Y aceptándolo como consecuencia natural. Ahora, sin embargo,

por no apagar la brasita surgida ante la irrefutable presencia de atmósfera, se sentían inclinados a dejarse animar por el desvarío de Harrys.

A dar por buena cualquier hipótesis, aunque fuese tan descabellada como la suposición del tripulante número uno.

Aunque fuese aún más ficticia; aún más fabulosa.

La que fuera.

Mítica, imaginaria, ultrahumana...

¡La que fuera!

¡Con tal de que infundiera esperanza, la que fuera!

Admitirían todo cuanto al pobre Harrys se le ocurriera.

No le machacarían sus alentadoras ilusiones con un rotundo mentís científico.

No le abrirían los ojos a la realidad.

No le confesarían que lo que había creído ver no era otra cosa que el resultado del golpe de la caja de vituallas, el cual, en contra de sus optimistas suposiciones, lo que había hecho había sido desquiciarle el cerebro más que lo que ya lo tenía, cuando la amnesia, pese a que, en parte, se había repuesto de ésta.

Por admitir... ¿Qué no estaban dispuestos a admitir?

¡Lo que fuese!

Si su infortunado compañero se empeñaba en afirmarlo, hasta que se habían puesto a circundar el meteoro, como si fueran en un avión, visitando, como turistas, la «atracción» que les había salido al paso.

El coronel Yoke dejaba ya caer la trampa que tapaba el polo inferior del recinto -antes de que Harrys pudiese comprobar su error- cuando el locuaz astronauta, que se había detenido frente a ellos apuntando a sus espaldas, exclamó:

—¡Miren, miren...! ¡Estamos circundando el meteoro!

El coronel, Farrar y Wharfinger, impulsados por idéntico afán, no diremos que se volvieron aprisa, saltaron.

Y abrieron los ojos a más no poder.

¡Harrys llevaba razón!

¡Estaban, en efecto, dando la vuelta al meteoro!

¡Lo estaban dejando a la derecha, en tanto que el recinto de salvamento se desplazaba hacia el lado contrario!

¡No era un sueño!

¡Era cierto!

¡No era un efecto producido por las llamas!

¡Era verdad!

¡¡Estaban circundando el meteoro!!

CAPÍTULO XVI

Efecto imposible

S

orpresa, pasmo, estupefacción?

No hay palabras para describir lo que experimentaron los cuatro tripulantes del recinto de salvamento.

A todos les costaba trabajo creer lo que estaban viendo.

Era... imposible.

Más imposible aún, si cabe, que la formidable velocidad que el recinto A parecía haber adquirido de repente.

Éste, como ya se ha dicho, carecía de mandos. No podía variar el rumbo. Tenía que someterse al que le marcase el cuerpo celeste -artificial o no- que influyera sobre él.

En el vacío -y también en las tenues capas más altas de la atmósfera- para desplazarse se valía de la batería solar, la cual, en el momento propicio, dejaría de actuar y en lugar de seguir girando como un satélite el recinto caería en la superficie que fuera.

Sin embargo, en contra de sus posibilidades, estaba variando de rumbo.

¡Se había transformado en un aparato dirigido! Nadie, ni siquiera Harrys, esperaba tanto.

Aun concediendo cualidades extraordinarias a «eso» que él suponía adosado al recinto de salvamento, estaba muy lejos de pensar que iba a producir semejante efecto.

Un efecto que se salía de lo posible; que rayaba con lo inconcebible.

El meteoro, con sus llamas azules y rojas, como clavado en el espacio -lo que demostraba sin lugar a dudas la inmensa aceleración del recinto- estaba dejando que la pequeña esfera de plástico reforzado, en un alarde de facultades, diese la vuelta a su alrededor.

Sin aplastarla antes; sin echarse sobre ella con el ímpetu que era lógico, dada su meteórica velocidad.

El coronel Raymond Yoke, Wharfinger y Farrar, que tan dispuestos estaban a aceptar hipótesis falsas, se hallaban, de pronto, con un hecho real, palpable, que semejaba, no obstante, más que otra cosa, una solemne barbaridad.

Un atentado contra las leyes de la Física.

Una pesadilla de la que no tardarían a despertar.

Un hecho ilógico, con tales apariencias de absurdo que, para ser

puesto en claro, había que pensar en «eso» que Harrys dijera.

Aceptarlo; admitirlo; darlo por bueno aunque fuese a regañadientes.

Porque el caso era que estaban eludiendo al monstruo de fuego; que le estaban dando el esquinazo.

Durante un momento, las llamaradas del meteoro envolvieron el recinto y lo hicieron bambolear.

El fuego, con furia, lamió, como deleitándose, la transparente pared curvada que protegía a los hombres.

Y si no la abrasó, si no los abrasó a todos, fue porque el plástico, además de reforzado, era incombustible. Especialmente concebido para resistir no sólo la presión, sino también la velocidad, la cual, como es sabido, engendra, con el roce, un calor espantoso; capaz, él solo, sin necesidad de meteoros de ninguna especie, de fundir el más resistente de los materiales.

Las llamas del meteoro, que en la porción delantera de éste eran ya una verdadera maraña de lenguas de fuego, en su parte posterior, en la cola, cuando llegaron a ella, que fue enseguida, vieron que formaba algo comparable a una selva de intrincadísimas lianas rojas y azules. Era la cabellera del meteoro.

Abrasadora nube de humo en la que quedaron inmersos los atónitos hombres del recinto, en tanto que el meteoro, con un como rugido que atravesó las paredes de plástico, saltando materialmente, prosiguió su trayectoria y fue a perderse en las profundidades del cielo.

Tras él, como único vestigio de su anterior presencia, no quedó más que un como temblor del humo que se iba disipando en el negro aire que rodeaba al recinto.

Todo fue visto y no visto.

Apenas pudo nadie fijarse en detalles particulares del desaparecido meteoro.

Lo que sí apreciaron todos fue que su masa era colosal; que no tenía un núcleo reducido; que no era todo llamas...

Que habían estado, en fin, al borde de sufrir un choque sencillamente demoledor.

—¡Fantástico! —murmuró el coronel Yoke, quitándose las gafas oscuras.

—¡Ha sido maravilloso! —murmuró también Farrar, imitando a su jefe en el tono y en lo de quitarse las gafas.

—¡Insólito! —balbuceó Wharfinger, apoyándose en la pared interior del recinto.

Harrys se frotó las manos, diciendo:

—¡Eso que llevamos adosado posee unas cualidades excepcionales! ¡Mira que ser capaz de quitarnos de la ruta del «bicho» ése...!

Se refería al meteoro y a lo que –insistía- se les había quedado adosado al polo inferior del recinto de salvamento.

No suponía, ni por asomo, que sus compañeros no habían visto tal cosa.

No sabía que no habían descubierto nada de particular.

CAPÍTULO XVII

Más esperanza

D

urante unos segundos, al esfumarse la luz del meteoro, en el recinto se hizo la oscuridad.

El espacio que ahora recorrían no conservaba la monotonía «escalonada» del vacío.

En aquella desconocida atmósfera no había más que tinieblas, tinieblas...

Unas tinieblas densísimas, negrísimas, como aquéllas que habían ido viendo a lo lejos, muy a lo lejos, en el impenetrable y misterioso fondo donde titilaban las estrellas.

El coronel, a tientas, llegándose a la columna central, tocó cierta parte de ella, donde había un interruptor.

Brotó una suave luz de la columna y en el recinto de salvamento se pudo ver de nuevo.

—Ni me han dicho qué es lo que llevamos adosado —volvió a hablar Harrys—, ni me ha dado tiempo de mirarlo. Voy a verlo.

Y ni corto ni perezoso, en tanto que se quitaba las gafas oscuras, innecesarias ya porque la iluminación del recinto no molestaba en absoluto, se dirigió a la trampa, dispuesto a levantarla y hacer lo que acababa de decir.

El coronel Raymond Yoke, Wharfinger y Farrar cambiaron una rápida mirada.

De mutuo acuerdo, sin hablarse, decidieron evitar que su compañero se llevara la consiguiente sorpresa.

La desagradable sorpresa que ellos, anteriormente, se habían llevado.

—¡Un momento! —le detuvo el coronel Yoke, poniéndose encima de la trampa—. Si le parece, luego lo verá... Creo... creo preferible que procedamos a orientarnos.

—¡Conforme! —exclamó Harrys, desistiendo de su primitiva idea y llegándose a una de las cajas de vituallas, ante la que se arrodilló —. Ya han visto aquella montaña que se divisaba desde la pared...

¡¿Que se había divisado una montaña?!

Ninguno la había visto.

Los corazones de los tres hombres saltaron.

¡Se había divisado una montaña!

Aunque ellos no la hubieran visto, los sentidos del tripulante número uno, excitados, hipersensibilizados, hiperestesiados por los

golpes que había recibido, podían haberla descubierto al resplandor del meteoro.

¡Una montaña!

¿Y por qué no?

¿No se hallaban en el seno de una atmósfera?

A alguna parte tenía que corresponder. No podía ser una atmósfera que estuviese flotando en el éter por sí sola.

¡Tenía que pertenecer a aquel ignoto astro que estaban intuyendo desde que vieran arder al meteoro!

¡Una montaña!

—Bueno —prosiguió Harrys, abriendo la caja—. A lo mejor no era una montaña...

¡¿Cómo que no era una montaña?!

¡Tenía que ser una montaña!

¡No podían troncharse las nacientes ilusiones de un modo tan tajante!

—¡Yo también la he distinguido! —mintió Wharfinger, por no anular la esperanza—. ¡Era una montaña!

—¡Lo era! —saltó Farrar.

—Sí, lo era —musitó el coronel, tratando de ocultar el júbilo que, como a sus hombres dos y tres, pugnaba por escapársele entre las palabras.

—No lo aseguraría yo tanto —dijo Harrys, rebuscando en la caja un aparato para orientarse—. Yo insisto en que puede que no fuera una montaña.

Wharfinger, arrastrado ya por el ánimo que la visión de su compañero le había infundido, gritó:

—¡Era una montaña!

Harrys, extrañado de la vehemencia del hombre número tres, levantó la cabeza y se le quedó mirando.

Reinó un embarazoso silencio. Una pausa, brevísima, que pareció inflarse.

—Puede que no fuera una montaña —reiteró, por fin, Harrys—, sino muchas. Una cordillera, por ejemplo.

Un suspiro de franco alivio se escapó, incontenible, de los pulmones del coronel Raymond Yoke y de Farrar y de Wharfinger.

¡Podía ser una cordillera!

¡No una, sino muchas montañas alineadas!

—Desde luego —continuó Harrys—, tanto da. El caso es que estamos llegando a algún sitio.

¡Estaban llegando a algún sitio!

¡Y no se podía poner en tela de juicio, fuera lo de la montaña

alucinación o no!

En el exterior del recinto A, encubierto por la oscuridad, se encontraba el astro al que pertenecía la atmósfera que los rodeaba.

¡Y estaban llegando!

—¡Rápido, Farrar! —mandó el coronel Yoke—. ¡Detenga el mecanismo de la batería solar!

Sin dar lugar a que el hombre número dos cumpliese lo que le ordenaran, el alborozo que se había adueñado de los espíritus de todos se interrumpió.

Por obra y gracia de un horroroso batacazo del recinto contra algo.

Contra algo que no se pudo ver, ya que, en el mismísimo instante de producirse el ruidoso y demoledor choque, la luz se apagó.

El coronel y sus tres subordinados, mezclados con cajas e instrumentos, después de ser proyectados a la parte alta del recinto de salvamento, cayeron al suelo y quedaron inmóviles.

Muertos, tal vez.

Habían supuesto encontrar la vida, y podía ser que lo hubiera impedido la muerte.

CAPÍTULO XVIII

Asombro

E

l coronel Raymond Yoke, con una dolorosa sensación en todo el cuerpo, abrió los ojos.
Al pronto, sin recordar todavía lo que había pasado, permaneció perplejo.

A través de las curvadas paredes del recinto A, rotas en varios lugares, se filtraba una claridad azulada, débil, que no supo a qué atribuir.

Ni se paró a encontrarle procedencia tampoco.

Lo único que le interesó, de momento, fue localizar uno de los brazos de Harrys, el hombre número uno, a quien reconocía por el blanco número que lucía en la espalda del equipo verde.

Porque Harrys, espantosamente revuelto con sus otros dos compañeros y con el heterogéneo contenido de las cajas -todas las cuales se habían abierto y vaciado- daba la impresión de haber perdido una de sus extremidades superiores.

Cada vez más convencido de ello, el coronel Yoke, al no verla, arrastrándose trabajosamente, salió de debajo de los objetos que tenía encima y se acercó a Harrys.

Se hallaba éste, boca abajo, encima de sus compañeros. Y no le faltaba el brazo. Lo tenía, aunque tan doblado bajo el pecho que parecía no existir.

Como pudo, el coronel, tras haber vuelto boca arriba al hombre número uno, le movió el brazo. Y como al moverlo Harrys no rechistara, temiendo como temía que el brazo estuviese roto, temió, también, que él estuviese muerto. No lo estaba, sin embargo; ni roto el brazo. Harrys, que debía encontrarse a punto ya de recobrar el conocimiento, abrió los ojos y, sin demostrar más que un dolor muy relativo -nunca tan intenso como el que la rotura de una extremidad produce- exclamó:

—¿Dedón toyes?

Al coronel Raymond Yoke le dio una especie de mareo; algo como un vértigo ocasionado no tanto por el golpazo como por oír que Harrys estaba, de nuevo, padeciendo la amnesia. O, al menos, la parafasia literal. Aquel trabucado «¿Dónde estoy?» -que era lo que correctamente había entendido- podía ser la interrogación natural ante un olvido momentáneo.

Una pasajera ausencia de recuerdos, idéntica a la que él mismo

había padecido al volver a tener conciencia de las cosas.

Haciendo lo posible por contenerse y dejar para más adelante la investigación de estos extremos, el coronel Yoke, esperando que Harrys comprendiera lo que le iba a decir, le rogó:

—Por favor, no hable; no diga nada. Luego le explicaré cuanto quiera saber. Ahora ayúdeme a sacar a Farrar y a Wharfinger.

—¿Rarfar, Finwharger? —preguntó el hombre número uno, al incorporarse.

¡No conocía a ninguno de los aludidos!

¡El nuevo golpe le había sumido en su anterior estado!

El coronel no le respondió de viva voz. En lugar de ello, apuntó con el dedo a sus dos hombres.

Harrys asintió.

Al ponerse en pie, hizo una mueca de dolor. Y seguidamente, sin hablar, ayudó al coronel Raymond Yoke.

Sacaron primero a Wharfinger, que era quien se hallaba inmediatamente debajo del sitio que ocupara Harrys.

Y como a éste, también al tripulante número tres debía faltarle muy poco para recobrarse.

¡Cualquiera sabía el tiempo que hacía que habían chocado!

Al ser retirado por sus compañeros, Wharfinger, comprendiendo en el acto lo que sucedía, les indicó que le dejaran y atendieran a Farrar, el cual yacía en un charco de sangre.

Tampoco el tripulante número dos había dejado de existir. Sus sienes, pálidas, latían aún.

Estaba malherido, eso sí.

Presentaba una enorme herida en el hombro izquierdo, lugar en donde el equipo de emergencia aparecía desgarrado.

Con la mejor voluntad, sin que Wharfinger, a pesar de sus evidentes deseos, pudiese intervenir, procuraron reanimarlo.

Y lo consiguieron. Con un quejido, Farrar volvió en sí.

Luego, ahogadamente, de forma a duras penas inteligible, principió a hablar:

—Me temo... que no salgo de ésta... El hombro... El hombro... me duele mucho... Me duele...

Se detuvo y exhaló otro gemido.

El coronel, que le estaba observando la herida, se había visto obligado a tocársela.

La herida presentaba un aspecto muy feo. Era muy profunda y de bordes sumamente irregulares.

Debía habérsela producido con la palanca del recinto de salvamento, al ir a detener el mecanismo de la batería solar.

—No está tan mal como se imagina, Farrar —intentó animarle el coronel Yoke. Y agregó, pensando todo lo contrario—: Ya verá cómo se pone bien enseguida.

¡Enseguida! ¡No existía la menor posibilidad de que sanase!

La hemorragia había sido tan intensa que debía quedarle muy poca sangre en las venas.

Disponiéndose, no obstante, a llevar a cabo una primera cura, el coronel Raymond Yoke pidió:

—¡Deprisa, Harrys, algodón, gasas...!

El interpelado no se movió. Igual que antes, tampoco se acordaba ahora ni de su propio nombre.

Menos mal que Wharfinger, sacando fuerzas de flaqueza, logró incorporarse y, reuniendo, a manotazos, algunos de los múltiples objetos que le rodeaban, echó al coronel lo que con tanta urgencia había solicitado.

—No se moleste... coronel —bisbiseó Farrar—. Esto no tiene... arreglo... ¡Me ahogo...! ¡Aire, aire...!

La respiración, que hasta entonces había sido anhelante, se hizo imperceptible; la palidez tomó caracteres céreos; cerró los ojos y las manos se le crisparon.

Y la cabeza, que había levantado ligeramente, se le cayó para atrás, golpeando en el suelo.

¿Habría sufrido un desvanecimiento?

En apariencia, Farrar había pasado a mejor vida.

El coronel Yoke, con un paquete de algodón y otro de gasas, uno en cada mano, se quedó sin saber qué hacer.

Sin decidirse a comenzar aquella cura que, a todas luces, iba a resultar inútil.

Wharfinger, con los ojos desorbitados, miraba fijamente a la cara de su compañero.

Sólo se movió Harrys, el cual, habiendo entendido lo que Farrar dijera, con objeto de que entrase más aire, estaba abriendo la puerta del maltrecho recinto de salvamento.

Y al terminar, de súbito, comenzó a hablar:

—Nosbue asdí, onbu nogior, tengu genmor, odgo ningmor...[4]

O pareció, mejor dicho, que comenzaba a hablar.

El coronel y Wharfinger, extrañados de la retahíla, se volvieron.

Y al primero se le cayeron de las manos los paquetes que sostenía, en tanto que el segundo, sin reparar en el dolor que experimentaba, se levantó de un salto.

¡El que hablaba, no era Harrys!

¡Era un individuo desconocido -hercúleo, apolíneo, de mirada

brillante y ancha sonrisa- que les observaba, con clara curiosidad, desde fuera del recinto A!

CAPÍTULO XIX

Escena desconcertante

Q

ué dice, hombre?», pensó Harrys, que era quien se encontraba más cerca del desconocido. «¡No se le entiende nada!»

Y como lo dijera con su incomprensible jerga, el desconocido, ampliando su sonrisa -sonrisa contagiosa, franca, atrayente-, repuso, también como el tripulante número uno:

—Yo a usted le entiendo perfectamente, amigo. Usted habla en inglés. ¿Lo hablan también sus compañeros?

No le contestó nadie. No le habían comprendido. Harrys, pese a hablar confundiendo las sílabas, sólo entendía si se le hablaba normalmente.

El desconocido, ante el silencio con que eran acogidas sus palabras, viendo que Farrar permanecía en el suelo del recinto, pasó al interior.

Nadie trató de impedírselo.

No había en sus ademanes nada que pudiera ser tomado por hostil.

Por otro lado, su sonrisa, aquella sonrisa que ya hemos calificado de franca, de contagiosa y de atrayente, inspiraba una confianza ilimitada.

Vestía el hombre un traje parecido a los equipos de emergencia que llevaban los tripulantes del recinto de salvamento. Sin número de ninguna clase, claro está; y tampoco era verde, sino de un color indefinido, como gris azulado.

El parecido estribaba en que era muy ajustado y de una sola pieza; en que tenía casquete y en que en éste se advertían los cilindritos de los auriculares.

El desconocido iba desarmado.

Sobre su cuerpo, sobre su traje, no llevaba más que una cajita, como un medallón, colgando del cuello.

Era de estatura muy elevada. Les aventajaba en una cabeza, lo menos, a todos. La anchura de sus hombros era grandísima, motivo por el cual, aun siendo su cintura muy ancha también, ésta parecía estrecha.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el hombre, agachándose junto al inanimado Farrar.

Antes de que nadie respondiera a lo que no habían comprendido, miró a la palanca del recinto A.

Y al verla manchada de sangre, como para demostrar que se hacía cargo de lo sucedido, en silencio, asintió.

Sin cesar de sonreír, fijó su atención en Farrar y levantó la mano derecha.

Como si no se decidiera a tocarlo, se quedó unos instantes con ella en alto.

Después, frunciendo los labios, bajó la diestra y, ayudándose con la izquierda, rasgó diestramente el equipo de emergencia y descubrió por completo la herida.

Cuando la tuvo así, abrió la cajita que le colgaba del cuello y extrajo otra, no mayor que medio dedal, que abrió también.

Esta última contenía una especie de pomada anaranjada, que impregnó el aire de un olor agradabilísimo.

Sin que el coronel Raymond Yoke ni Harrys ni Wharfinger intervinieran, untándose el hombre ligeramente los dedos con la pomada, que cundió de forma increíble, cubrió no sólo la herida, sino todo el costado de Farrar.

El coronel quiso moverse.

Su cerebro transmitió a los músculos la orden de avanzar un paso, y no fue obedecido.

¡Estaba paralizado!

No sintió, no obstante, la menor preocupación por la suerte que esperaba al tripulante número dos.

Estaba seguro, tenía el convencimiento, le constaba, que el desconocido no intentaba hacer nada que no fuese curarle.

Con movimientos suavísimos, exactos, vertiginosos, el extraño desconocido, tras haber guardado la cajita pequeña en la grande, se puso en pie.

Sonreía.

Aunque no dijo nada, el coronel Yoke supo que la herida de Farrar carecía de importancia.

Es más, tuvo la seguridad de que su compañero iba a levantarse de un momento a otro, ¡completamente sano!

Por eso no le resultó raro cuando, apenas el hombre se hubo enderezado, Farrar, abriendo los ojos, se incorporó.

—¿A qué huele? —dijo Farrar, dilatando las aletas de su nariz—. Es una cosa muy agradable...

Se detuvo, porque acababa de descubrir al desconocido.

Y con evidente extrañeza, miró al coronel Raymond Yoke, buscando, seguramente, explicación.

El coronel no pudo decir esta boca es mía.

También tenía paralizados los músculos de la lengua, cosa que,

asimismo, debía sucederles a Harrys y a Wharfinger, puesto que ambos, con los ojos muy abiertos, presenciaban, inmóviles y mudos, la desconcertante escena.

El desconocido sin cesar de sonreír, ayudó a Farrar a levantarse. Mejor dicho, lo levantó él solo, sin que Farrar pusiera de su parte nada para conseguirlo, porque, como se comprenderá, lo que hizo, temeroso de que aquel individuo le jugara una mala pasada, fue resistirse.

No hubo malas pasadas. El hombre, no bien tuvo a Farrar en pie, dedicó su atención al rasgado equipo de emergencia. Y antes de lo que se tarda a contarlo, como trenzando la fibra que lo constituía, lo dejó como nuevo.

Como si jamás hubiese estado roto.

Y sin más ayuda que las manos. Unas manos que se habían movido con relampagueante velocidad, impidiendo que sus movimientos fuesen seguidos con la vista.

Luego, en cuanto el equipo estuvo compuesto sin hablar, dejando a Farrar mirándolo incrédulo, el hombre, sonriendo siempre, le volvió la espalda y, como en un gesto de amistad, pasó los brazos por los hombros del coronel Yoke y de Wharfinger.

La sensación que tuvieron fue como si les hubieran cargado con una viga de quinientos kilos.

Sin poder resistir el peso, se les doblaron las piernas.

Y de haber insistido el hombre con su «amistoso saludo», hubiesen caído al suelo, aplastados.

Por fortuna, el individuo -que todos tenían la seguridad de que era un amigo- no insistió.

Dejándolos, se acercó donde esperaba Harrys, a quien puso un dedo en el pecho. Un solo dedo...

Harrys, como si hubiera recibido un fortísimo puñetazo, se sintió despedido para atrás. Y si no salió por la puerta del recinto, fue porque el individuo de la sonrisa, poniéndole un brazo en la espalda, lo detuvo a tiempo.

—«¡Tenga cuidado, señor!», pensó Harrys decir, de no muy buen humor, por muy amigo que creyese al otro.

Y dijo:

—¡Gaten dacuido, ñoser!

—Si tengo cuidado —replicó el interpelado, aunque no le entendieron ninguno—. Si no he hecho más que tocarle...

—¿Por qué habla de esa forma tan rara? —le preguntó Harrys, que no recordaba, por lo visto ni dónde estaba.

El otro, que comprendía a las mil maravillas el modo de hablar

del tripulante número uno, contestó:

—Yo hablo bien. Lo que me extraña es que usted sepa hablar mi lengua. Supongo que no anda bien de la cabeza...

El coronel Raymond Yoke, ansioso, le interrumpió:

—¿Dónde estamos?

No fue comprendido.

Harrys repitió:

—¿Dedón taesmos?

El hombre, solemnemente, respondió:

—Ratie.

—¿Ratie, ratie, ratie...? —repitió, rápidamente, el coronel.

Y de pronto, como a fuerza de repeticiones había llegado a formar una palabra que sí estaba clara, exclamó:

—¡TIERRA! ¡Dice que estamos en la Tierra!

Dispuestos a comprobarlo, en grupo, se abalanzaron a la salida del recinto A.

Y antes de que se dieran cuenta de que se hallaban en un paisaje azulado, como de cuento de hadas, en donde la luz tras las montañas, listando el cielo, salía a chorros como por reflectores, vieron que se acercaba media docena de hombres cubiertos con equipos verdes...

Equipos de emergencia y numerados.

Eran los tripulantes cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve.

¡Los que debían haberse desintegrado con el cohete, y los ocupantes del recinto B!

CAPÍTULO XX

Los «presentidos»

No bien se hubieron saludado con la efusión que es de suponer, el coronel Yoke, que no podía creer en la presencia física de sus hombres cuatro, cinco y seis, les preguntó cómo era que habían «resucitado».

—No hemos resucitado —repuso el hombre cuatro—, puesto que nunca hemos estado muertos. Lo que sucedió fue que no nos encontrábamos en el sector de energía atómica cuando sobrevino el fallo en el lanzamiento del séptimo «piso» del cohete.

—No quisimos dejar de hacer el lanzamiento por medio del sistema automático —intervino el tripulante número seis—. En cuanto lo tuvimos dispuesto, regresamos al sector de dispositivos atómicos y apretamos el pulsador correspondiente.

—Eso nos salvó —terció el número cinco, afirmando con la cabeza.

—Como suponíamos que usted estaba en la creencia de que nos habíamos desintegrado —volvió a hablar el número cuatro, decidido a poner las cosas en claro—, no nos extrañó que no nos destinase un recinto.

—Y por esa causa, sin tiempo para pedir órdenes —tomó, de nuevo, la palabra el segundo que había hablado—, al declararse la «situación desesperada», decidimos coger el recinto C, que estaba libre, y lanzarnos al espacio.

—Y aquí estamos...

No mostraban prisa de ninguna clase.

En aquel paisaje de ensueño, a sabiendas de que el hombre que estaba con ellos era un amigo, no se preocupaban de lo que éste estaba haciendo.

Lo que estaba haciendo, mientras los demás cambiaban impresiones, no era, desde luego, nada intranquilizador.

Con una especie de diminuta lupa o, mejor, cuentahilos, que había sacado de la cajita que le colgaba del cuello, estaba como estudiando la constitución del casquete del equipo de Harrys.

—¡Ah! —exclamó, por fin, llamando la atención de todos los tripulantes del cohete.

—¿Ah? —interrogó el coronel Raymond Yoke.

—Sí —dijo el hombre—. ¡Ah!

Y con cierta lentitud al principio, rompió a hablar en perfecto

inglés:

—Ya he descubierto qué tiene mal en el cerebro este hombre —aseveró, guardando el cuentahilos en la cajita del cuello—. Un simple huesecito apretando más de lo debido... También, como oirán, al estudiarle el cerebro, me he fijado en sus ideas y he descubierto cómo hablan ustedes en realidad. ¿Lo hago con exactitud?

—En efecto —contestó el coronel—. Y nos alegramos de que así sea. Estamos seguros de que usted es un amigo.

—Lo soy, no les quepa duda. Los efluvios no mienten. Antes de que les deje en ese astro metálico que han lanzado a la órbita del auténtico, curaré a su amigo.

—¿Nos va a dejar en ese astro...? —empezó a decir el coronel Yoke, sin estar seguro de si el individuo se refería o no al satélite «Next».

—Sí; los voy a dejar allí. ¿No es, acaso, ésa su meta?

—Nos gustaría contemplar antes un poco de... —señaló el coronel Raymond Yoke un círculo con el brazo—, de...

—Aquí, en la Tierra, no queremos tener a seres tan débiles como ustedes.

¡En la Tierra!

¿En qué Tierra?

—Su puesto está allá abajo —señaló el hombre hacia arriba—. Si permitiéramos su estancia aquí, nos contagiaríamos con su debilidad.

Con un silencio impresionante, como aquel que sentían pesar en sus ánimos cuando surcaban el vacío, una gran nave triangular, como un ala volante, aterrizó a menos de diez yardas de donde se hallaba el grupo.

—Y nos contagiaríamos con su ignorancia. Cuando consigan, por ejemplo, que las naves no produzcan ruido al volar, puede que les volvamos a traer. Entonces habrán logrado dejar de estar... ¿cómo dicen ustedes...? «en mantillas».

Sin que nadie pudiera sustraerse al influjo de las palabras de aquel ser que les hablaba, como respondiendo a su tácito deseo, todos echaron a andar hacia la nave triangular.

—Suban —les ordenó el hombre—. Durante el breve trayecto, pondré a este hombre —se refería a Harrys— en condiciones de pensar y expresarse con lo que ustedes llaman «normalidad».

Ante la extrañeza que demostraban cuantos le escuchaban, añadió:

—No se extrañen. Conocemos, antes de ahora, sus reacciones.

Los hemos estado estudiando desde hace mucho tiempo. En la antigüedad, ustedes eran llamados en la Tierra «los presentidos», porque presumíamos su existencia. Dios podía haber puesto vida en más lugares que en la Tierra. Teníamos curiosidad por verles de cerca... y ya les hemos visto. No merecía la pena. Ha sido en balde todo el trabajo que nos hemos tomado para traerles aquí. Nuestras redes eléctricas, avisadoras de su entrada en nuestro sistema solar; los pequeños impulsores que se adosaron a las puntas de los ejes de sus mal llamados recintos de salvamento, sin que ustedes los pudieran ver; la actuación de nuestros potentes desviadores de ruta... Trabajo perdido. Es decir, no. Os hemos salvado la vida.

Ya estaban todos en el interior de la nave. La puerta de ésta se cerró. Fueron tomando asiento. El hombre de aquella Tierra, junto a Harrys.

—Veamos... «presentido» —le dijo, con cierta sorna—. Voy a ponerte las manos en la cabeza, no me hagas como antes... Procura estarte quieto. Es un momento...

El suelo de la nave fue sacudido por un ligerísimo temblor.

—Ya nos hemos hecho al espacio —avisó el hombre, poniendo a Harrys las manos en la cabeza—. Tardaremos muy poco a llegar. Antes, tienes que estar todo lo sano que te es posible.

Y comenzó a apretar el cráneo del tripulante número uno.

Los demás, al ver que Harrys apretaba los dientes, desviaron la vista, dispuestos a echar una ojeada al exterior. No pudieron.

Hasta entonces no se habían dado cuenta de que en la nave no existían ventanillas.

EPÍLOGO

¿Estados Unidos, Inglaterra, España, Italia, Alemania...?

¿Washington, Londres, Madrid, Roma, Berlín...?

¿Qué más da?

Una nación cualquiera; una capital cualquiera.

Un anochecer cualquiera.

Llueve. Paraguas y asfalto mojado. Luces deslumbrantes. Tráfago indescriptible. Ruidos, bocinazos, gritos...

Incesante ir y venir por la calzada y por las aceras. Las tiendas acaban de cerrar sus puertas. La ciudad hierve. El bullicio habitual de la calle, con el aguacero, se aumenta. La prisa es mayor que cuando el tiempo es bonancible; más febril, con más nervio.

Periódicos. Muchos periódicos. Está recién salida la última edición de todos ellos.

Los viandantes, sin detenerse apenas, arrebatan de las manos

de los vendedores los ejemplares.

Tinta húmeda en papel húmedo. El olor a «imprenta» enmascarado por el de la humedad del ambiente.

Rápido despliegue del periódico. Comprometido despliegue. En la diestra, el paraguas.

El agua repiquetea en las letras. Un vistazo a la primera plana.

Allí, condensada, la noticia que acapara la atención del mundo entero. Sus enormes caracteres se leen de un tirón:

EL CORONEL RAYMOND YOKE Y SUS HOMBRES TRANSMITEN HABER LLEGADO SIN NOVEDAD AL SATÉLITE «NEXT».

Ya está visto lo que importaba.

De nuevo, el difícil manipular con el periódico. Hay que plegarlo con movimientos no ya rápidos, sino vertiginosos, porque el agua, pese al paraguas, amenaza dejarlo inservible.

Dobladito, un forcejeo con la solapa del bolsillo y adelante. A seguir caminando por la calle.

F I N

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

94 -- *Hombres de titanio* -- George H. White
95 -- *¡Ha muerto el Sol!* -- George H. White
96 -- *Exilados de la Tierra* -- George H. White
97 -- *El imperio milenario* -- George H. White
98 -- *Topo-K* -- Profesor Hasley
99 -- *El fin de la Base Titán* -- Profesor Hasley
100 -- *Pasaron de la Luna* -- C. Aubrey Rice
101 -- *La amenaza tenebrosa* -- J. Negri O'Hara
102 -- *El gran fin* -- J. Negri O'Hara
103 -- *Intriga en el año 2000* -- Profesor Hasley
104 -- *El extraño profesor Addington* -- Profesor Hasley
105 -- *Sin noticias de Urano* -- C. Aubrey Rice
106 -- *Acción inaudita* -- C. Aubrey Rice
107 -- *El horror invisible* -- Karel Sterling
108 -- *Más allá de Plutón* -- Profesor Hasley
109 -- *La revancha de Zamok* -- Profesor Hasley
110 -- *Situación desesperada* -- C. Aubrey Rice

EL EXPERIMENTO DEL DR. KELLMAN

Este es el título de la más apasionante novela de los espacios siderales.

En un alarde de fantasía y de acción arrolladora,

EL EXPERIMENTO DEL DR. KELLMAN

le hará conocer el asombroso campo de las radiaciones solares.

¡Un mundo condenado al exterminio! ¡Seres que luchan titánicamente por la supervivencia!

¡El hombre invulnerable!

Todo ello, junto a una sucesión formidable de aventuras, podrá admirar leyendo

EL EXPERIMENTO DEL DR. KELLMAN

el más reciente libro de este género del novelista

J. NEGRI O'HARA

que próximamente publicará la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* [illegible] *pesetas.*

Notas

[←1]

En el supuesto de que -en contra de lo automáticamente señalado por la bombillita roja del cuadro indicador- el cohete al fin no se hubiera desintegrado, el recinto de salvamento no hubiese podido abandonar el artefacto. Habría permanecido a cierta distancia, retenido por la fuerza de su atracción. Cosmos adelante, con fidelidad perruna, girando a su alrededor, lo hubiera seguido sin cesar.

[←2]

Cuando Rusia, en el mes de octubre del año 1957, lanzó al espacio el primer «satélite artificial» de la Tierra, los científicos presumieron el peligro que el citado «satélite» corría de sufrir un aniquilador encontronazo con alguno de esos meteoros.

[←3]

¿Qué diablos les pasa? ¿Nunca van a hacerme caso?

[←4]

Buenos días, buon giorno, guten morgen, good morning... Un matinal saludo en castellano, italiano, alemán e inglés, pronunciado -ya lo habrá comprendido el lector- como Harrys solía hacerlo.